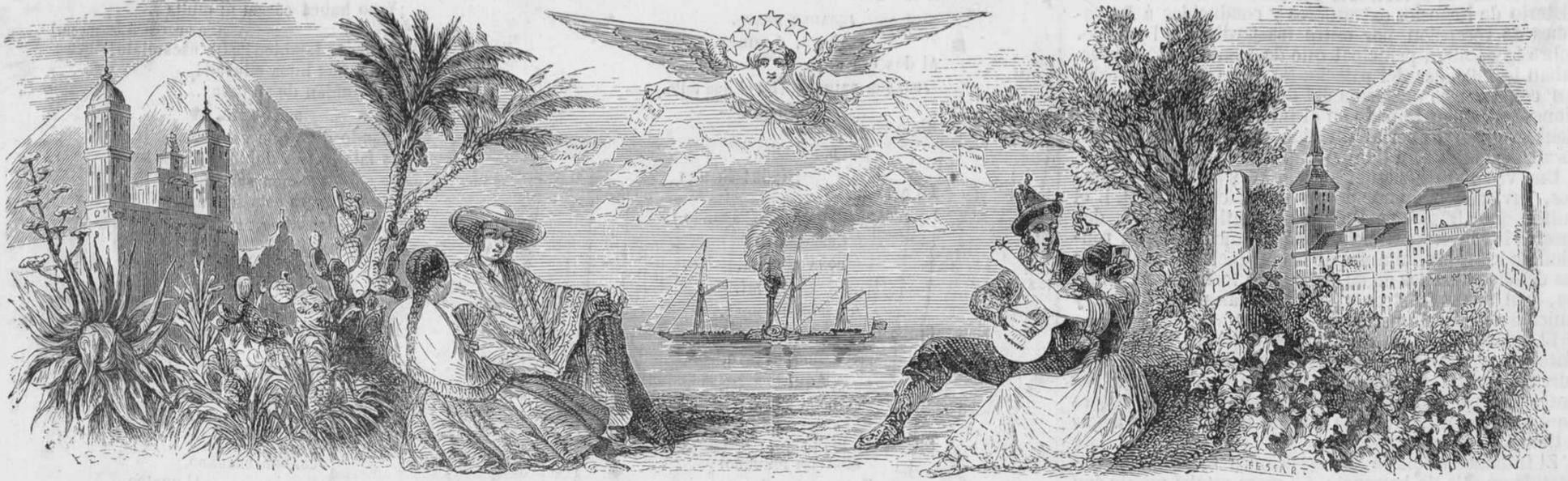


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — TOMO VIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 15. — N° 191

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10 en Paris

SUMARIO.

Banquete dado á Constantinopla al mariscal Pelissier; grabado. — **La hipocresía del vicio.** — **Desembarco del mariscal Pelissier en Marsella;** grabado. — **Revista de Paris.** — **El venado blanco.** — **Tipos y fisonomías del ejército de Oriente;** grabados. — **Hombres ilustres de la América española.** — **Gobierno general de la India inglesa.** — **Los Pirineos;** grabados. — **Gerifalte.** — **María Spezia;** grabado.

Banquete dado en Constantinopla al mariscal Pelissier.

El Sultán ha dado un gran banquete en su magnífico palacio de Tcheragan al mariscal Pelissier, cuando este en su regreso á Francia, se detuvo en Constantinopla. Hé aquí la exacta descripción de esta fiesta que publicó la *Prensa de Oriente*.

« Hace algun tiempo, dice, no se hablaba mas que de las fiestas que se darian en Constantinopla para saludar la vuelta de los ejércitos francés, inglés y sardo. Se habia tratado de una gran revista en la cual S. M. I. el Sultán habria podido ver los restos de los gloriosos soldados de Crimea; mas no habiéndose podido realizar este proyecto, el Sultán ordenó que al ménos sus jefes recibiesen en su palacio la acogida que merecen sus brillantes servicios. Bajo este concepto se dieron órdenes



Gran banquete dado por el Sultán al mariscal Pelissier en Constantinopla.

para que el servicio del palacio se hiciese como en los días de las mas grandes solemnidades.

En el primer patio de entrada, por el lado de la plaza de Dolma-Baqché, un piquete de soldados de la guardia hacia los honores á los que llegaban; todos los personajes que iban al palacio, por tierra ó por mar, eran recibidos en un vasto vestíbulo por los funcionarios del ministerio de Negocios extranjeros y conducidos á los salones de recepcion por entre los jardines del palacio. Sobre la escalera principal que da frente á la plaza estaban los oficiales del palacio, los pajes y los alabarderos con su rico uniforme del Bairam; iguales disposiciones se habian tomado en el interior y la música del Conservatorio imperial dirigida por el señor Guatelli, tocaba de tiempo en tiempo una brillante sinfonía.

Una vez reunidos en el palacio los personajes invitados, tuvieron el honor de ser recibidos por S. M. I. el Sultan. En algunas palabras muy sentidas S. M. I. demostró la alta importancia que á su juicio tenia la reunion de los representantes de las potencias aliadas y de las demás potencias en su palacio en torno de su persona, con sus ministros y los principales dignatarios y funcionarios del imperio.

El Sultan habló un rato con el mariscal Pelissier, y ántes de separarse de él le entregó la medalla militar turca adornada de diamantes. La misma medalla fue entregada por S. M. I. al señor embajador de Inglaterra para el general Co. rington que no habia podido llegar á tiempo á Constantinopla.

El inmenso salon de las recepciones se hallaba convertido en sala de banquete. La mesa estaba puesta con opulencia. A las siete los convidados fueron introducidos por Kiamil-bey, gran maestro de ceremonias. El gran visir Aali-baja se presentó el primero con el mariscal Pelissier, el embajador de Francia y el de Inglaterra.

Los brillantes trajes y los ricos uniformes reunidos en ese banquete ofrecian un conjunto soberbio. Al pié de las elegantes columnas corintias que sostienen la bóveda del salon, habia alabarderos y pajes de toda gala.

Al principiar el banquete la música imperial tocó alternativamente el himno de la reina Hortensia y el *God save the Queen*; y despues ejecutó piezas escogidas de Rossini y de Verdi.

Se echaron dos brándis, uno por el embajador de Inglaterra, decano del cuerpo diplomático, y otro por el gran visir. »

LA HIPOCRÉSIA DEL VICIO,

Comedia inédita en tres actos y en verso

DE

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

(Continuacion.)

ACTO SEGUNDO.

Sala con tres puertas: una grande en el foro, y mas allá un pasillo, que por la derecha del actor conduce á la escalera y por la izquierda á un salon de baile: otras dos laterales, una enfrente de otra, las cuales se supone tambien que tienen comunicacion con lo interior de la casa. En medio del escenario habra una gran mesa con tapete verde, donde se juega al monte. El banquero estara sentado dando frente al público. Los puntos, unos sentados, otros de pié, y la mayor parte sin disfraz, se aumentan y disminuyen, segun lo disponga el director de escena para representar con la posible verosimilitud las vicisitudes de un juego de azar en que todo el que quiera puede tomar parte, y que tiene efecto en una casa donde al mismo tiempo se recibe á multitud de máscaras que entran, salen, bailan, pasean, ó forman corrillos, etc. Doña Lupa, doña Higinia y doña Policarpa no se mueven de su asiento mientras dura el juego. A intervalos se oirá la música, que toca dentro vals, rigodon, etc., y entónces quedará mas desembarazado el escenario.

ESCENA I.

DONA LUPA. DOÑA HIGINIA. DONA POLICARPA. JUGADORES. MÁSCARAS DE AMBOS SEXOS.

(Música dentro.)

JUGADOR SEGUNDO.

Al as.

JUGADOR TERCERO.

Medio peso al siete.

DOÑA LUPA.

Reniego de mi fortuna.

DOÑA HIGINIA.

Al siete.

JUGADOR CUARTO.

Fuera de doble.

JUGADOR QUINTO. (Acercándose á la mesa.)

¡Oh señora doña Lupa!

DOÑA LUPA.

Servidora.

JUGADOR QUINTO.

¿Y Dorotea?

DOÑA LUPA.

Baila con su primo Urrutia.

DOÑA HIGINIA. (Aparte con el Jugador cuarto.)

Mal hecho es llevar las niñas

Adonde hay tanta trifulca.

Yo dejo á la mia en casa.

JUGADOR CUARTO.

Así estará mas segura...

(De que mamá la sorpresa
Con el galan que la arrulla.)

JUGADOR SEGUNDO.

A la sota.

JUGADOR TERCERO.

Case usted

A ese dos.

JUGADOR SEXTO.

Ahora, ó nunca.

Al dos esa odza.

JUGADOR PRIMERO. (Es el que talla.)

Juego. —

Siete en puerta.

DOÑA LUPA.

¡Nada! Ni una

Le acierto.

JUGADOR PRIMERO. (Pagando.)

Casado.

DOÑA HIGINIA.

A mí.

JUGADOR PRIMERO.

Cinco duros.

JUGADOR CUARTO.

Aquí.

DOÑA LUPA.

¡Es mucha

Suerfe!

JUGADOR PRIMERO.

Tres, y uno á casar. —

Peseta.

DOÑA POLICARPA.

A mí. Es de columnas.

JUGADOR PRIMERO.

Mas de un real vale la puerta.

DOÑA POLICARPA.

No lo permito. ¡Qué usura!

¡Puerta por esa bicoca!

JUGADOR PRIMERO.

Señora, aquí no circulan

Pesetas de cinco reales,

Porque los picos trabucan...

Todas pasan por de cuatro.

DOÑA POLICARPA.

Las de cinco se rebuscan

Para las clases pasivas,

Y harta desgracia es ser viuda

Sin obligarme á perder

El quinto de mi pecunia.

JUGADOR PRIMERO.

¡Oh!... ¿A ver? ¿Cuántas columnarias

Tiene usted?

DOÑA POLICARPA.

Corta es la suma,

Porque ya he perdido seis.

JUGADOR PRIMERO.

¿Cuántas?

DOÑA POLICARPA.

Ocho. ¡Suerte dura!

JUGADOR PRIMERO.

Vengan y las cambiaré

Por de cuatro. — Son diez justas. —

Para evitar trabacuentas

Guardaré las del *plus ultra*.

DOÑA POLICARPA.

Pero el real que usted me debe...

JUGADOR PRIMERO. (Dando á doña Policarpa una peseta)

Tome usted y no nos pudra.

DOÑA POLICARPA.

(¡Groserazo!)

JUGADOR PRIMERO.

Juego.

JUGADOR SEXTO.

Es dos.

DOÑA HIGINIA.

¿Un dos contra una figura?

Es imposible. Soy sota.

(Echa una moneda sobre la mesa.)

JUGADOR SEXTO.

Usted no entiende esta cúbica.

Contrajudía es el juego.

DOÑA HIGINIA.

¡Sota! ¿No lo dije?

JUGADOR SEXTO.

(¡Bruja!)

JUGADOR PRIMERO. (Pagando.)

Dos.

JUGADOR SEGUNDO.

Dos.

JUGADOR PRIMERO.

Uno.

DOÑA HIGINIA.

A mí.

DOÑA LUPA.

(Está visto:

Este traidor las enfulla.)

(Sigue el juego.)

ESCENA II.

DONA LUPA. DOÑA POLICARPA. DONA HIGINIA. D. TORCUATO. JUGADORES. MÁSCARAS.

D. TORCUATO.

(Aquí estará mientras bailan;

Que en aquel salon se suda

Lo temporal y lo eterno.

¡Qué algarabía! ¡Qué bulla!

¡Qué desórden! ¡Y hay cristiano

Que prefiere estas angustias

Al regalo de la cama! —

¡Hola! Allí, segun se agrupa

La gente, tiran la oreja.

¡Y no habrá cárcel ni multa...

(Se acerca á la mesa.)

¡Mujeres tambien! ¡Oh escándalo!

¡Así á sus hijos educan!

¡Así cuidan de su casa!...

DOÑA LUPA.

Cuando digo que esta luna

Es fatal... ¡Ya dobló el cinco!

JUGADOR SEGUNDO.

(Me encocora esta lechuza.)

JUGADOR PRIMERO.

En tres.

DOÑA LUPA.

Me retiro en tres.

JUGADOR PRIMERO.

Retírese usted si gusta.

Juego.

JUGADOR TERCERO.

Al cuatro.

DOÑA POLICARPA.

Al rey.

JUGADOR SEGUNDO.

Al cuatro.

JUGADOR CUARTO.

A ese rey.

D. TORCUATO.

(Cesó la música.

Allí esperaré á Felisa.)

(Se sienta á un extremo del tablado y al mismo tiempo aparecen

D. Miguel, D. Mauricio y D. Ginés.)

ESCENA III.

DONA LUPA. DOÑA POLICARPA. DONA HIGINIA.

D. TORCUATO. D. MIGUEL. D. MAURICIO.

D. GINÉS. JUGADORES. MÁSCARAS.

D. MAURICIO.

¿Dominó verde? ¿Alta? ¿Rubia?

D. MIGUEL.

Sí. ¡Qué donaire! ¡Qué brio!

Es divina criatura.

D. TORCUATO.

(Es Miguel y aquí se acerca.

Finjo dormir.)

D. MAURICIO.

Y esa chusca

¿No te ha mostrado la cara?

D. MIGUEL.

No, que á conservarla oculta

Graves respetos la obligan.

D. GINÉS.

¡Ella... respetos!

D. MIGUEL.

¿Lo dudas?

DOÑA LUPA.

¡El cinco, y me retire!

¡Maldicion...

D. GINÉS.

¿Cómo se burla

De tí!

D. MIGUEL.

¡Burlarse y me cita

Para mañana á la una...

D. MAURICIO.

¡Pobre Miguel! ¡Dios te libre

De semejante garduña!

D. MIGUEL.

¡Qué! ¿tú sabes...

MAURICIO.

Pues ¡si es mas

Conocida que la ruda!

Al revolver de esta calle

Vendia orchata de chufas

Antes de ser propiedad

De un propietario de Murcia,

Pájaro á quien ya supongo

Que habrá dejado sin plumas.

D. MIGUEL.

¿Qué dices?

D. GINÉS.

¡Brava conquista!

D. MAURICIO.

Con esta página ilustras

Tu biografía galante.

D. TORCUATO.

(¡Titeres!)

D. MIGUEL.

¡Nada de pullas!

Lauros sobran á mi frente

Si uno entre tantos se frustra.

Citad vosotros alguno

Como mi escena nocturna

De las Salesas. Mañana

Entre rosales y murtas

Brindaréis Champaña y Rhin

Por mi consorte... presunta,

Y de envidia al contemplarla

Os vais á morder las uñas.

(Siguen hablando aparte.)

D. TORCUATO.

¡El fatuo... Hay enfermedades
Que solo á palos se curan.)

(Llegan por el foro Felisa é Inés con dominós y caretas.)

ESCENA IV.

FELISA. INÉS. DONA LUPA. DONA POLICARPA. DONA HIGINIA. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINÉS. D. TORCUATO. JUGADORES. MÁSCARAS..

FELISA. (Aparte con Inés.)

Le hemos perdido de vista.

INÉS.

Como tanta gente cruza
En confuso remolino,
No es mucho que se escabulla.

FELISA.

¡Don Torcuato!

D. TORCUATO. (Levantándose y acercándose á Felisa.)

Allí le tienes.

Felisa.

FELISA.

¿A quién?

D. TORCUATO.

Al que buscas,

FELISA.

¡Ah!... No le buscaba á él solo.

D. TORCUATO.

Pues ¿á quién...?

FELISA.

¡Buena pregunta!

A mi querido tutor.

D. TORCUATO.

Gracias. (El alma me punzan
Los inocentes halagos
Que su labio me tributa.)
Llegas á tiempo. Miguel
Está de vena y de chungu.

FELISA.

¿Sí?

D. TORCUATO.

Refiere á los amigos
Sus galantes aventuras.

FELISA.

Muy animados están.

D. TORCUATO.

¡Mucho! Acércate y escucha.
Oírás divinidades.

INÉS. (Acercándose á don Miguel y sus amigos, que continúan en alegre coloquio.)

Formemos también tertulia
Los tres, y no advertirán...

D. TORCUATO.

No son hombres que se turban
Por testigos mas ó ménos.
(Prosigue la conversacion de cada grupo con independencia del otro.)

D. MAURICIO.

Pronto hablarán de su fuga
Los periódicos.

D. MIGUEL.

¿Qué importa

Mientras nadie me denuncia
Como raptor?

FELISA. (A Inés.)

De tí se habla.

D. MIGUEL.

Cuando empiece á hacerse pública
Mi anécdota, ya veremos
Lo que he de hacer con la alumna
Consabida.

INÉS.

¿A ver? Oigamos.

D. MIGUEL.

La esconderé en una gruta,
O bien, segundo Teseo
De esta Ariadna sin ventura,
La dejaré abandonada
En alguna isla inculta.

D. TORCUATO.

¿Qué tal? El niño se explica.

FELISA.

Su imaginación fecunda
Ha forjado una novela,
Y es fuerza que la conduzca
A un desenlace ruidoso,
Sin lo cual sería insulsa.

INÉS.

Lo malo es que la heroína
Resueltamente rehusa
Ser la segunda edición
De aquella Ariadna difunta.

D. MIGUEL.

¿La policía? ¡Bobada!

A hombres como yo no asustan
Agentes ni comisarios.

Se les casca, ó se les unta
La mano... Ni ese episodio
Es lo que mas preocupa
Mi imaginación. Los raptos
Son ya pecata minuta

Para mí. No es maravilla
Que un elegante seduzca

A una muchacha inexperta
En mayor timbre se funda
Mi orgullo.

D. MAURICIO.

¿Será posible...

D. MIGUEL.

Damas hay de ilustre cuna
Que me requieren de amores.

D. MAURICIO.

Serán feas ó vetustas.

D. MIGUEL.

No; hermosas... ¡Oh! celestiales.
(Mostrándoles el retrato del acto primero.)

Mirad esta miniatura.

FELISA.

¡Ea, ya estoy en campaña!
Oigamos como me juzgan.

D. MAURICIO.

¡Bello busto!

D. GINÉS.

¡Lindo rostro!

D. MIGUEL.

¡Oh!...

D. GINÉS.

Si el pintor no la adula.

D. TORCUATO.

¡Eso no!

FELISA.

¿De veras?

D. TORCUATO.

¡No!

D. MIGUEL.

Antes diréis que la injuria
Cuando viva contempleis
Tan peregrina hermosura.

D. TORCUATO.

Dice bien... en profecía;
Pero miente como un Júdas,
Porque no te ha visto.

D. MAURICIO.

¿Y cuándo

¿Cayó en tu red esa trucha?

D. TORCUATO.

¡Qué lenguaje! ¡Vive Dios...

FELISA.

¡Quieto!

D. MIGUEL.

¡Alto ahí! Tú la insultas...

FELISA.

¿Ve usted? Ya vuelve por mí.

D. MIGUEL.

Ya la poseo en pintura
Y en mas de un tierno coloquio
Mayor tesoro me anuncia.

D. TORCUATO.

¡Pícaro! ¡Aleve...

FELISA.

¡Silencio!

D. TORCUATO.

Su lengua vil te calumnia,
¡Y he de sufrir...

D. GINÉS.

¡Oiga! ¿Aspira

Al casto yugo?

D. MIGUEL.

Y si alguna
Pudiera, Ginés querido,
Arrastrarme á esa locura.

D. TORCUATO.

¿Qué moral!...

D. MIGUEL.

Por ella sola
Daria un nuevo recluta
A la mansa cofradía
De que hacemos tanta burla.

FELISA.

Al fin, me hace mas honor
Del que esperaba.

D. MIGUEL.

Mi industria

Triunfará de ese peligro.

D. MAURICIO.

Pero ¿es rica?

D. MIGUEL.

¡Oh! mas que Júcar.

D. TORCUATO.

¿Qué sabe él...

D. MAURICIO.

Pues siendo así,
Mal harás si no apechugas
Con el santo matrimonio.

D. MIGUEL.

¿Y mi libertad?

D. MAURICIO.

¡Tontura!

Ya ningun leon la pierde
Por la bendición del cura.
Para ellas — no para todas —
Rige solo esa liturgia
De arras, promesas y ve'os.

Nosotros tenemos bula
Para adoptar en España
Las constituciones turcas.
La crónica escandalosa
Te dirá, si la consultas,
Que en gran parte son casados
Los calaveras de punta.
Hay hombre á quien su consorte
Brinda con dulce ternura
El legítimo usufruto
De todas las gracias juntas,
Y aunque al riesgo se aventure
De represalias mayúsculas,
La venal coquetería
De otra mujer le sojuzga
Que no merece el honor
De descalzar á la suya.

D. GINÉS.

Y fisan todos los dias
Es dar tormento á la gula:
Bueno es variar, aunque sea
Con chirivias y alubias.

D. MAURICIO.

No consiste el atractivo
De una querida en ser rucia
O rosada, flaca ó gorda,
Valenciana ó andaluza,
Sino en ser otra.

FELISA.

¿Ve usted?

Ellos son los que le impulsan...

D. TORCUATO.

No lo necesita el mozo.

INÉS.

Sí, señor: ellos abusan
De su inexperiencia.

D. MIGUEL.

En fin,

Venza yo, ó caiga en la lucha,
Digna de mí y de vosotros
Será mi ulterior conducta.

D. TORCUATO.

Lo creo.

D. MIGUEL.

La noche es larga,
Y el baile me descoyunta.
Echemos un par de albuces.

D. MAURICIO.

Bien.

D. GINÉS.

Sí.

(Se acercan á la mesa de juego y toman parte en él.)

D. TORCUATO.

Y ahora ¿quién le azuza?

FELISA.

¡También jugador!

D. TORCUATO.

¡Si digo

Que es una alhaja!

D. MIGUEL.

¿Se apunta

A la cargada?

JUGADOR PRIMERO.

Sí.

D. MIGUEL. (Echando una moneda sobre la mesa.)

Al seis.

FELISA.

Vámonos que me repugnan
Los garitos.

(A D. Torcuato que la seguía.)

No; ¡usted no!

¡Vele usted por él!

D. TORCUATO.

¡Me gusta

La comision! ¿Qué he de hacer?
Tú no querrás que descubra
Quien soy.

FELISA.

¡Ah! no; no conviene

Como no sea en la última
Extremidad.

D. TORCUATO.

Está bien.

Me meteré entre esa chusma
Y obraré como convenga;
Que, aunque ya está mi falúa
En puerto de salvamento,
Algo también de su aguja
De marear se me alcanza.

FELISA.

En la sala de la estufa

Espero.

D. TORCUATO. (Incorporándose á los jugadores.)

(¡Dios me lo tome

En descargo de mis culpas!)

FELISA. (A Inés dirigiéndose al foro.)

Vén...

(Aparece por uno de los costados Benito, vestido de elegante ridículo.)

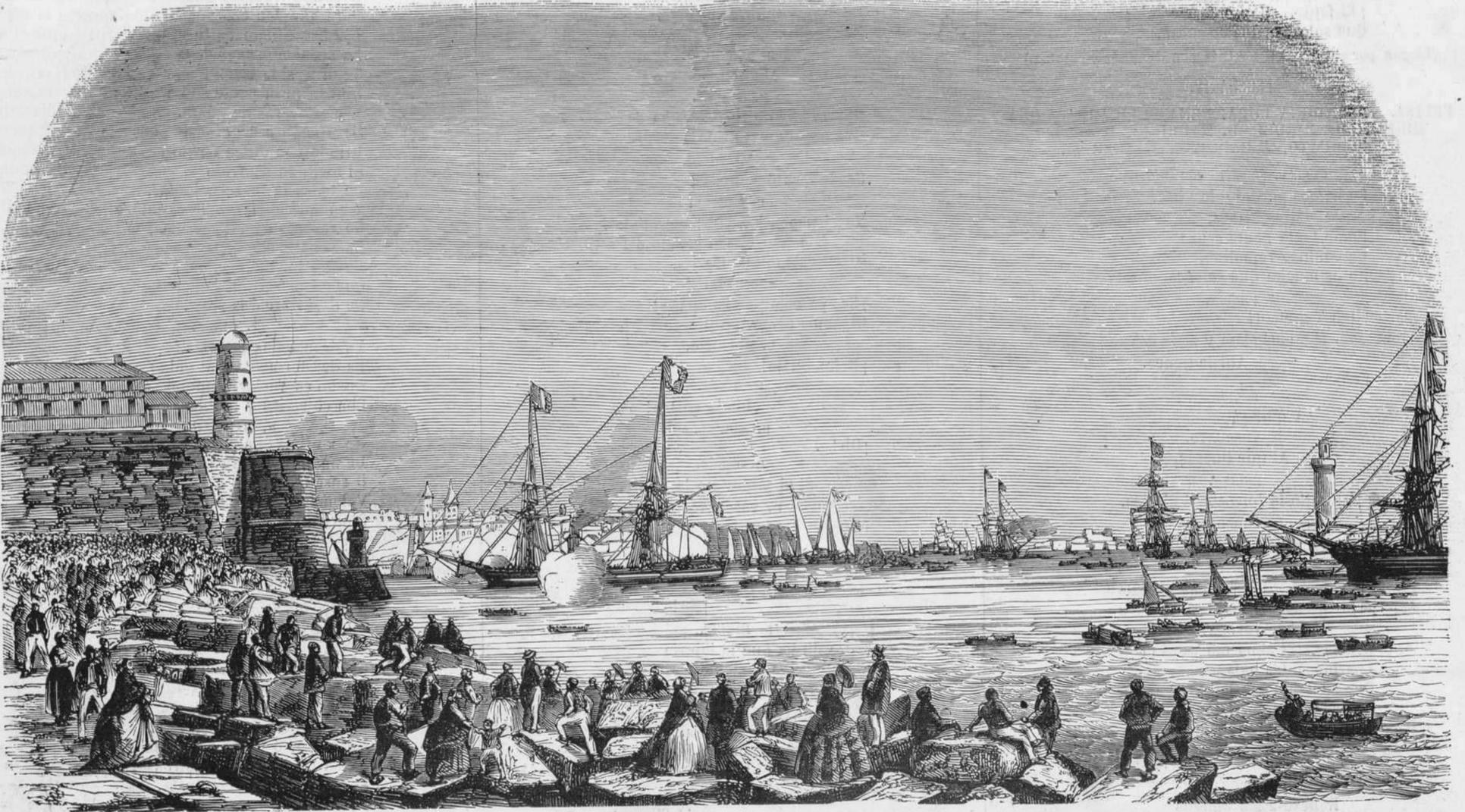
INÉS.

¡Cielos!

FELISA.

¿De qué te espantas?

(Se continuará.)



Entrada del mariscal Pelissier á bordo del *Roland*, en el puerto de Marsella.

Desembarco del mariscal Pelissier en Marsella.

Así como estaba anunciado, el mariscal Pelissier desembarcó el viernes en Marsella. El héroe de Crimea no era esperado hasta las cinco de la tarde de dicho día; pero desde las doce el cañon del fuerte Notre-Dame-de-la-Garde, anunció la llegada del *Roland*, que hizo la travesía en ménos tiempo del que se anunciaba.

El mariscal Pelissier con objeto de no alterar las disposiciones que se habian tomado para su recepcion, difirió su desembarco hasta el momento en que estaban concluidos todos los preparativos.

Desde la entrada del *Roland*, los buques surtos en el puerto estaban empavesados; el *Caradoc*, de la marina real inglesa enarboló el pabellon francés y envió un oficial para cumplimentar al mariscal.

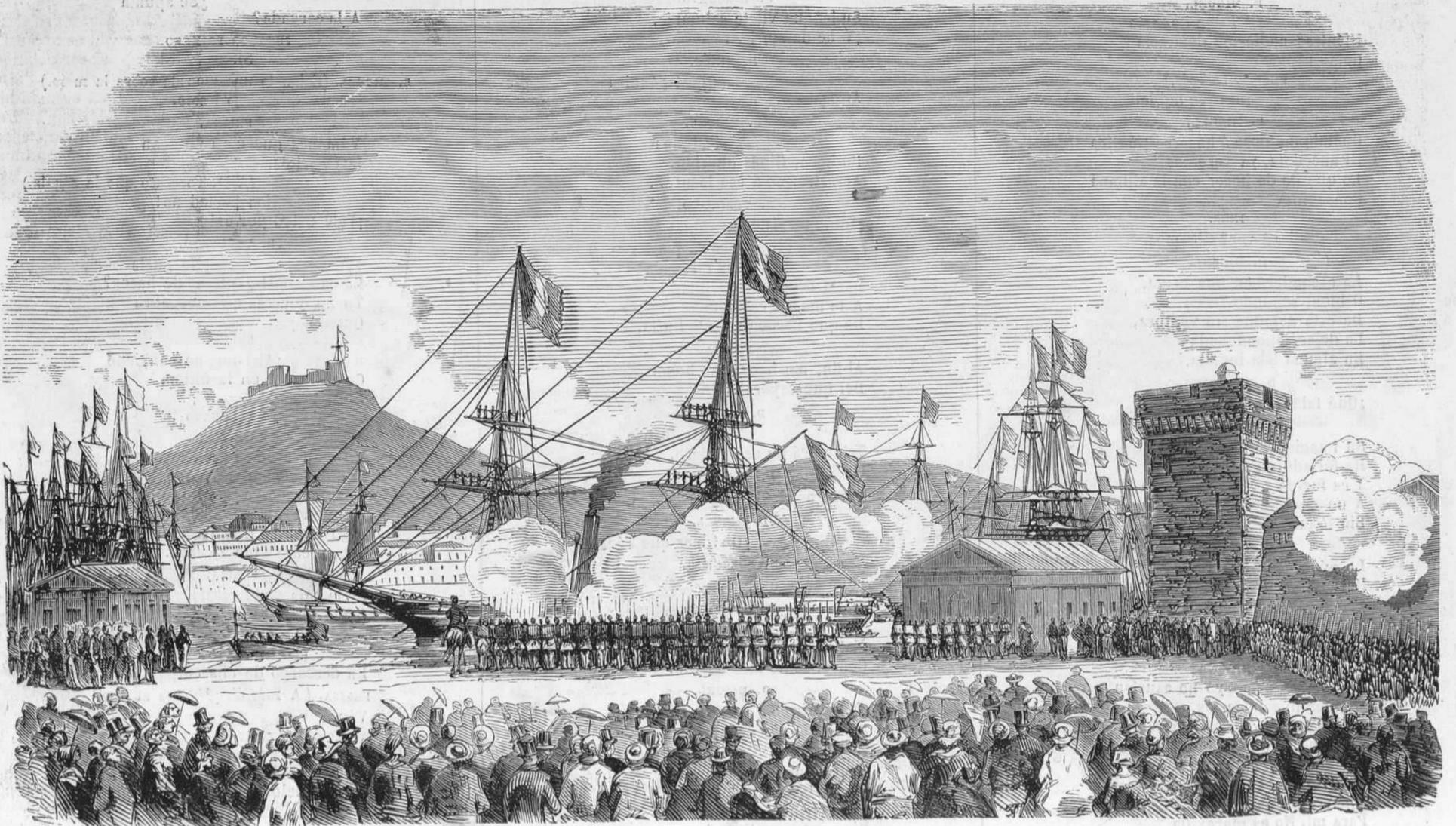
Un numeroso Estado mayor cubria el puente del *Roland*, donde á cada instante llegaban oficiales superiores que iban de parte del general Rostolan á cumplimentar al jefe de los ejércitos franceses en Oriente y tomar sus órdenes. Un destacamento de cazadores de Vincennes daba á bordo la guardia de honor, y la música del 24° de línea que habia venido de Constantinopla con el mariscal, hacia oír sus sinfonías.

A las dos el *maire* de Marsella, el suprefecto del departamento, y el general Carondelet, comandante del de-

partamento, acompañado del Estado mayor de la division, abordaban el *Roland*, para saludar al general. A las dos y media la artillería de los fuertes respondia á los saludos del *Roland*, la tripulacion subia á las vergas, y el mariscal Pelissier, seguido del general conde de Roguet, ayudante de campo del Emperador, descendia del *Roland* trasladándose á la calle Napoleon, donde le esperaban todas las autoridades. Allí montó en carretela descubierta en medio de un inmenso gentío, dirigiéndose al hotel Lucy.

El valiente mariscal recibió al desembarcar una carta del Emperador, en la cual le anunciaba que le habia conferido la dignidad de duque.

J. C.



Desembarco del mariscal Pelissier en el puerto de Marsella, enfrente del fuerte San Juan.

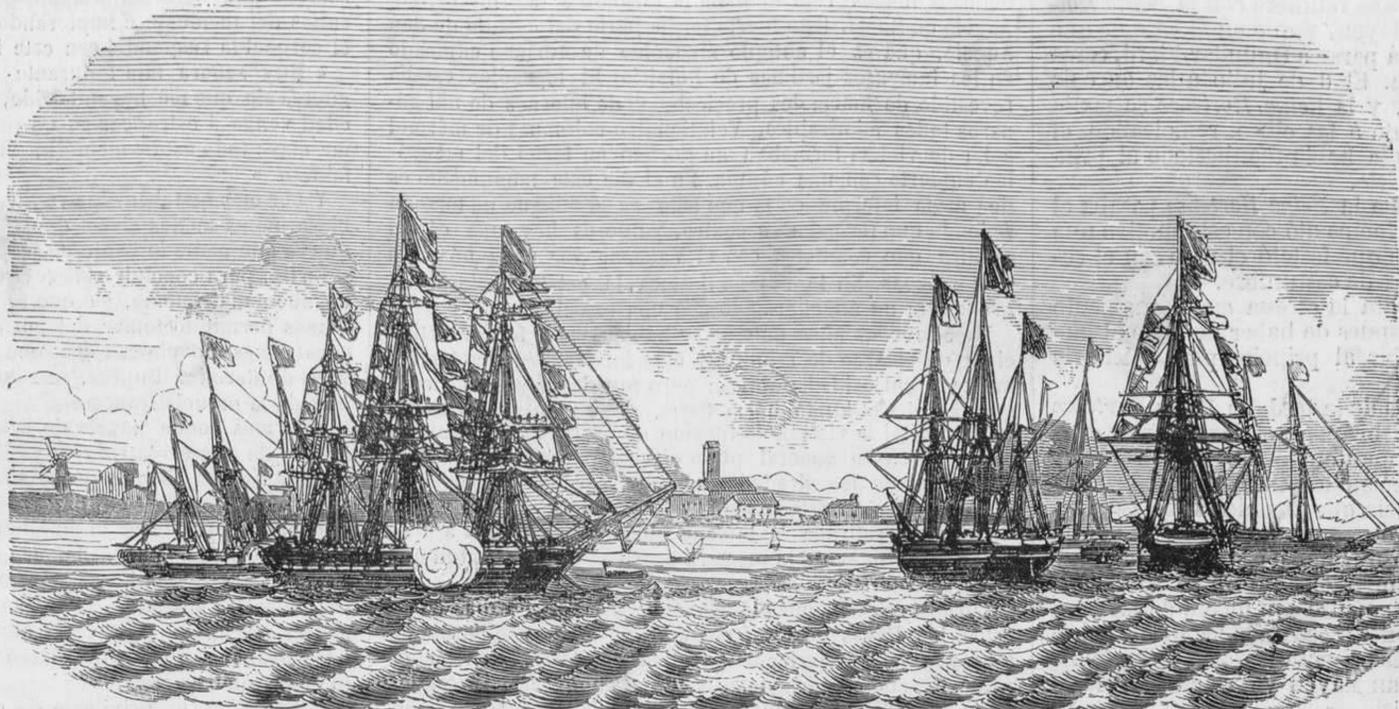
VIAJE

DE S. A. I. EL PRIN-
CIPE NAPOLEON A
LOS MARES DEL
NORTE.

La expedicion se compone del yacht imperial la *Reine Hortense*, corbeta de vapor mandada por el señor baron Clement de la Ronciere le Noury y del *Cocyte*, aviso de vapor mandado por M. Jonnard, teniente de marina.

S. A. I. y las personas de su compañía entraron á bordo de la *Reine Hortense*.

La salida del Havre tuvo lugar el 16 de junio por la mañana. La *Reine Hor-*



Viaje del príncipe Napoleon á los mares del Norte. — La bahía de Reykiavik.

tense despues de haber fondeado sucesivamente en Tine-mouth, Edimburgo, Peterhead, Cromarty y Churso, llegó á Reykiavik (Irlanda) el 30 de junio, donde encontró los buques siguientes: — el *Cocyte*, que despues de haber fondeado únicamente en Edimburgo y Peterhead habia llegado hacia tres horas; — la corbeta de vela la *Arthemise* bajo las órdenes de M. Barlatier de Mas, capitán de fragata, comandante de la estacion de Islandia; — la urca la *Perdrix*, mandada por M. Jaiffrezy, teniente de marina; — dos vapores de hélice ingleses el *Sa-*

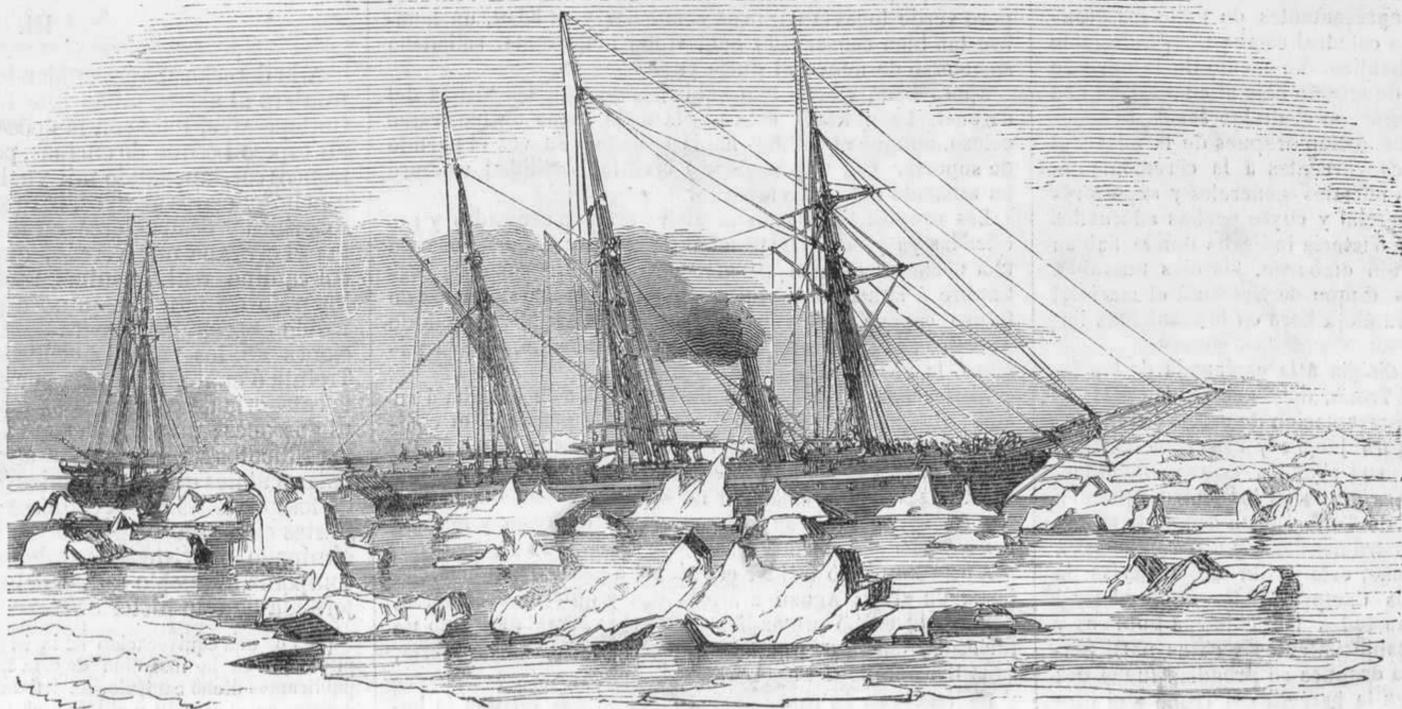


Fiesta del paso del círculo polar á bordo de la *Reine Hortense*.

on y el *Tasmania* cargados de carbon para la expedicion; — el bergantin español *Artu Emon* á la carga para Bilbao, y por último el yacht-goleta *Foam* de Portsmouth, perteneciente á lord Dufferin, que le mandaba en persona.

Damos una vista de la bahía de Reykiavik en el momento de la llegada de la *Reine Hortense*. El 30 de junio por la mañana, todos los buques estaban empavesados y las tripulaciones saludaban con los gritos de ¡*Viva el Emperador!* en tanto que retumbaba el cañón á bordo de la *Arthemise*.

Despues de haber



La *Reine Hortense* en los hielos cambiando de rumbo, con el *Foam*, yacht de lord Dufferin, á remolque.

parado una semana, en la cual el príncipe hizo una excursion al Geyser, la *Reine Hortense* salió para la isla de Juan Mayen situada por 71° de latitud; esta isla casi desconocida, pues rara vez es visitada por los pescadores, se recomienda á la atención porque encierra el volcan mas próximo al polo Norte; era pues, muy interesante examinarla, y el príncipe se decidió á desembarcar en ella. Se dió la orden al *Sajon* de que se dispusiera á salir. Como la diferencia de velocidad de los dos buques no permitia que navegaran juntos sin inconveniente, hubo

de resolverse que el *Sajon* se reuniera con la *Reine Hortense* en la isla de Juan Mayen, y que en el caso de que no pudiera llegar, fuese a parar a Onundar Fiord, cerca del cabo Norte de Islandia. El 6 de julio a las once de la noche alzaba el ancla, y la *Reine Hortense* se ponía en camino al día siguiente a las cinco, remolcando el yacht de lord Dufferin que había manifestado al príncipe el deseo de acompañarle.

El 8 de julio al mediodía la *Reine Hortense* pasaba el círculo polar ártico. El príncipe dió con este motivo una ponchada a la tripulación que festejó el paso con el ceremonial y las diversiones de costumbre.

Nuestro dibujo representa la escena en el momento en que el Viejo Artico despues de haber llamado al buque, se presenta a recibir al príncipe para felicitarle por su llegada.

El mismo día a las seis de la tarde la *Reine Hortense* entraba en un banco de bruma; el termómetro que hasta entonces se había mantenido a 8° sobre cero cae súbitamente a 3°; es el efecto ordinario de las brumas en esas regiones. Se conocía que los hielos no estaban lejos; en efecto, el miércoles 9 de julio a las dos de la mañana, se distinguieron muchos témpanos flotantes y una porción de focas. El miércoles y el jueves la *Reine Hortense* navegó constantemente en medio de las brumas y de témpanos flotantes, costeando los hielos sobre una longitud al menos de ochenta leguas, hasta la altura del meridiano de Juan Mayen y a una distancia de diez y ocho leguas de la isla.

Seis veces el buque penetró en golfos profundos cerrados por los hielos, teniendo que virar para salir; por fin, el viernes 11 de julio, al salir de uno de esos golfos cuyo ancho se calcula en 30 millas por lo menos, se reconoció que la isla de Juan Mayen estaba entre los hielos y que era imposible acercarse a ella. Entonces con sentimiento se decidió marchar hacia la Islandia, despues de haber arriado el *Foam*, pues lord Dufferin manifestó la intención de ir a la costa de Noruega.

El 13 de julio, a las cinco y cuarto de la tarde, la *Reine Hortense* fondeaba en Onundar Fiord, donde debía estar el buque. No se encontraba allí; pero al día siguiente al salir de Dyre Fiord se distinguió a lo lejos un vapor que se dirigía hacia Onundar Fiord; era el *Cocyté* cuya presencia inesperada en aquellos lugares dió margen a muchas conjeturas. Llegado al alcancé del anteojo señaló que el *Sajon* había recibido un choque entre los hielos y que había vuelto averiado a Reykiavik. La *Reine Hortense* entró en Reykiavik el 15 de julio a las tres de la mañana, y halló al *Sajon* en reparación. Este buque envuelto en la bruma el 9 de julio a las dos de la mañana, pegó contra un témpano de hielo, de cuyas resultas estuvo a punto de zozobrar; pero reparado por los cuidados del comandante de la *Arthemise* dejó la bahía de Reykiavik el 17 de julio para volver a Inglaterra al mismo tiempo que la *Reine Hortense*, el *Cocyté* y el *Tasmania* salían para la costa de Groenlandia.

Revista de Paris.

Paris es incansable tratándose de fiestas. Recientes todavía las que se hicieron con motivo del bautizo del príncipe imperial, parecía que la fiesta nacional del 15 de agosto habría debido excitar un poco menos que de costumbre la curiosidad de los aficionados a iluminaciones y castillos de pólvora, pero lejos de ser así, podemos asegurar que la afluencia de gente en esta ocasión no era inferior a la que se notó en los días del bautismo. Desde por la mañana a las seis Paris se ponía en movimiento. El tiempo era magnífico; un sol brillante alumbraba el vasto teatro donde debían tener lugar los regocijos públicos: sin embargo, como se temía el demasiado calor, hubo de suspenderse la revista de las tropas y guardia nacional que se había anunciado en el programa.

Al mediodía se cantó en Nuestra Señora un « Te Deum » solemne al que asistían representantes de todos los grandes cuerpos del Estado. La catedral estaba resplandeciente aun con los adornos del bautizo. En medio de la nave se elevaba un dosel forrado de armiño bajo el cual estaba una preciosa imagen de la Virgen con el divino Jesus. El señor arzobispo de Paris dió la bendición despues de la misa y el « Te Deum. » Entre los concurrentes a la ceremonia llamaban la atención muchos oficiales generales y superiores jóvenes aun, de aspecto marcial y cuyos pechos adornados con la medalla de la reina Victoria indicaba donde habían conquistado sus grados. Sin embargo, los ojos buscaban por todas partes al nuevo duque de Malakoff, el mariscal Pelissier, que se encontraba a esa hora en la residencia imperial de Saint-Cloud.

Entretanto la gente se dirigía a la esplanada de los Inválidos y a la barrera del Trono, donde se habían elevado grandes teatros para la representación de escenas militares con otros más pequeños para juegos y ejercicios de titiriteros y altas cucañas con sus premios correspondientes. Esta vez no había funciones gratis en los teatros; pero en cambio se dió en el jardín de Tullerías un concierto monstrosamente ejecutado por 200 instrumentistas y 250 cantantes. A las ocho y media de la noche, este jardín de Tullerías, la plaza de la Concordia y los Campos Eliseos se iluminaron espléndidamente, así como todos los edificios públicos y un crecido número de establecimientos y casas particulares. Por último, una hora despues se prendían fuego dos castillos de pólvora, uno en la barrera del Trono y el otro sobre el Arco de Triunfo de la Estrella. La pieza principal

de estos fuegos representaba la girándula del fuerte San Angelo en Roma. Este fuerte forma parte del castillo de San Angelo, que es el antiguo mausoleo de Adriano edificado en los inmensos jardines de Domicia. El mausoleo estaba revestido de mármoles preciosos y de adornos de mil géneros todos admirables. Veinticuatro columnas de mármol color de violeta formaban un pórtico en torno del mausoleo cubierto con una cúpula. En el día este monumento es una masa informe en la que solo se distingue un torreón redondo que formaba su centro, y que es hoy una cárcel política que comunica con el Vaticano por unas bóvedas subterráneas. En lo alto se destaca la estatua colosal de bronce de un ángel armado con una espada.

Hace muchos años que no se habían visto fuegos artificiales en el Arco de Triunfo, y esta innovación excitó vivamente la curiosidad pública; pero por desgracia, el viento que lanzaba el humo hacia Paris, impidió casi totalmente en la capital la vista de la función de pólvora; en compensación su efecto general pudo observarse muy bien desde las alturas de los alrededores y aun a largas distancias. A las diez menos cuarto se había concluido todo, y la muchedumbre se retiraba lentamente dispuesta sin duda a presentarse de nuevo a la primera ocasión con la exactitud que le es característica.

Curiosa es por demás la fisonomía de Paris en días como estos. Las líneas de los ferro-carriles han simplificado de tal modo las peregrinaciones a la capital, que al menor pretexto acuden aquí viajeros de los puntos más ignorados de la Francia. Pero figúrense nuestros lectores; qué viajeros! Cargados de sencillez y de ignorancia como buenos lugareños, entran vendidos en Paris a tanto y tanto lazo.

El día 15 de agosto un cándido matrimonio que había venido a divertirse y ver Paris, del interior de la Bretaña, seducido por el anuncio de un jugador de manos que había improvisado un teatrillo en la esplanada de los Inválidos, quiso asistir a las peripecias de una función fantasmagórica. Los bancos estaban llenos de gente y cuando ambos esposos pudieron colocarse:

— Vas a ver, dijo el marido a su cara mitad, robusta matrona vestida a la moda del país, y que llevaba al brazo uno de esos cofrecillos con cordones que se usaron hace cincuenta años con el nombre de « ridículos, » nombre que pertenece ya a la historia; vas a ver cosas sorprendentes. Ese caballero nos va a sacar lo que tenemos en los bolsillos sin que lo sintamos.

— Pero ¿lo volverá?

— Por supuesto, y cuando menos lo pensemos.

Comenzaron los juegos; los relojes de bolsillo eran hechos pedazos y volvían a su antiguo estado solo con un soplo, los pájaros morían y resucitaban, se cambiaban rabos de conejo en peces vivos, y mientras estas y otras maravillas se sucedían con una limpieza que tenía extasiada a nuestra lugareña, hé aquí que una mano prudente se desliza bajo su brazo y la quita el ridículo.

— Bueno, ya sé lo que es, dice sin volverse y sin menearse; me están preparando una sorpresa, voy a tener cuidado cuando me le vuelvan.

Peró la función se concluía; el programa de los juegos llega a su fin, y una vez echado el telón la gente va saliendo.

— Vámonos, dice el marido.

— No por cierto, no se ha acabado aun, responde la mujer con presteza.

— Te engañas, todo el mundo sale.

— Pues te digo que no puede ser, no me han devuelto mi ridículo.

En suma, entraron las explicaciones, y la crédula aldeana concluyó por comprender que el jugador de manos por quien se había dejado despojar tan fácilmente de su ridículo, era un atrevido ratero, de esos que se hallan en todas partes aprovechando las buenas ocasiones.

De la esplanada de los Inválidos pasamos al boulevard de los Italianos. La escena tiene lugar en un elegante gabinete. Agustina H..., mujer hermosa y admirada por cuantos la conocen, había tomado desde su viudez un cariño entrañable a un perrillo llamado « Leon » que colmaba de atenciones y de cuidados. Sin embargo, en los últimos tiempos había dado cabida en su corazón a otro afecto más racional, tenía un amigo que era un coronel retirado, pero verde todavía para sus campañas y su edad, un hombre tan bien conservado que, viudo igualmente, solicitaba someterse de nuevo al dulce yugo.

Ahora bien, desde que habían empezado las visitas del coronel, Leon había cobrado la mala maña de mostrarse celoso, aunque el militar había tomado a su vez el partido de soportar con una paciencia civil la hostilidad siempre en aumento del perro favorito.

Las proposiciones matrimoniales estaban canjeadas y ratificadas ya y solo se trataba de señalar el día, cuando una noche el coronel se presenta a visitar como de costumbre a la hermosa viuda. Alentado con sus derechos de futuro esposo, entra como en su casa en el gabinete de Agustina; la señora no está visible para nadie, en una palabra, la visita era íntima.

El irascible Leon agazapado sobre el sofá espía a su ama; el coronel se sentó al otro lado y principió el coqui. El cachorro observaba a los enamorados gruñendo sordamente, cuando hé aquí que el militar arrebatado por sus ardores quiere estampar un beso en la mano de la viuda; fatal idea!... Leon se lanza sobre el agresor y le clava los dientes.

A este mordisco traidor el coronel a pesar de su bizzaria, lanza un grito; Agustina arroja dos y quiere desmayarse, pero ya el tierno pretendiente se había levantado como un furioso, y dando un puntapié al perrillo y otro a la puerta, salía desaforado del aposento.

De vuelta en su casa llama al médico; por fortuna la herida no era grave. Al día siguiente la peligrosa viuda le

escribe una carta informándose con inquietud de las resultas del incidente é implorando tímidamente su perdón: el coronel la respondió con este billete lacónico:

« Muy señora mía: durante treinta años he hecho la guerra sin que me hayan herido, y es muy duro que a mi edad venga a estropearme un perrillo. No piense Vd. verme mas; todo está concluido; muerda a otros su maldito faldero. »

Y por mas que Agustina repite que su perro no está rabioso, no es ménos cierto que el coronel lo está y que no quiere que nadie le hable de semejante boda.

En fin, para concluir esta revista como una comedia, con un buen matrimonio, ya que se malogró el del coronel, séanos permitido tomar del periódico el « Artista » las circunstancias novelescas con que acompaña la noticia de la boda de Carolina Duprez, una de las cantatrices más notables de la escuela francesa.

« La más bonita novela de la semana, dice, es el casamiento de una cantatriz rica y célebre, la señorita Carolina Duprez con un joven músico sin fortuna y casi desconocido, M. Van den Heuven. Se aprovechan con tanto ardor las ocasiones de envilecer el mundo de los artistas que cuando alguna se presenta en su honor es casi un deber no dejarla escapar; además, la heroína como mujer y como artista posee todas las simpatías. ¿Por qué pues el relato de su noble acción no ha de pertenecer al público aunque solo fuese para probar que en lo novelesco puede haber sensatez que lo inverosímil sucede? »

Conocido es el privilegio de que disfrutan en Paris las actrices un prestigio que llega hasta la extravagancia, pero si aquellas que ménos merecen el favor de la gente honrada encuentran alianzas magníficas, ¿qué pretensiones no deberian tener las que son de una conducta ejemplar, jóvenes, opulentas, hermosas y de talento? Por la doble celebridad de su nombre, por su brillante posición, Carolina Duprez podía satisfacer todas sus vanidades; toda ambición le estaba permitida, y sin embargo, ha querido dar el raro ejemplo de casarse por las inspiraciones de su corazón; habria podido otorgar su mano a un príncipe ruso, a un marqués francés, a un millonario y ha elegido un simple acompañante de la Opera. Por lo demás artista de porvenir, M. Van den Heuven se ha distinguido a los ojos de Carolina Duprez por una circunstancia realmente meritoria: es uno de esos pocos jóvenes que sacrifican su juventud a su familia como si cumpliesen un voto de amor filial; nunca malgastan de su humilde ganancia la suma más pequeña ni se acuerdan de otros placeres que los de su casa, y tienen fuerzas para no sucumbir a ninguna tentación. Esta cualidad singular enterneció el corazón de Carolina que ha querido recompensar tanta abnegación ofreciendo al joven con su mano la felicidad y la fortuna.

M. Duprez y su señora aprobaron desde luego la generosa idea de su hija, aunque quisieron someter a una sola prueba este afecto tan inteligente pero tan atrevido en su elección; la prueba del tiempo: fijaron un plazo y a su expiración hallaron a Carolina como ántes, firme en su propósito. Justamente aquella noche había reunión en casa de M. Duprez, y el joven artista formaba parte de ella. La señora de Duprez tomó graciosamente la mano a M. Van den Heuven y le presentó a sus amigos como su hijo político.

Lo que hay de más particular en esta historia es que todos conocían una Carolina Duprez un poco grave, fría y seca, y por consiguiente nadie esperaba de esa organización que acusaban de positivismo tanta poesía, una novela de sentimiento: La otra noche al oír a Carolina en esa partitura de Auber tan delicada como ella, « los Diamantes de la Corona » nos parecía que representaba su propia historia; una reina que se casa con un pobre; habriase dicho que había querido copiar ese maravilloso desenlace de la ópera. »

Efectivamente la acción que se cuenta aquí demuestra un corazón elevado, y un carácter tan poco comun merece ser denunciado a las alabanzas del público.

MARIANO URRABIETA.

EL VENADO BLANCO. (I)

III.

A la derecha mano, subiendo de Segovia a la Granja, frontero al alegre prado que hoy se nombra Quinta de Quitapesares, había en la época de que vamos hablando un espeso bosque de encinas, por entre cuyos apretados troncos corrían, dando mil vueltas y caprichosos rodeos, muchos y claros arroyos, mansos y benéficos en el estío, soberbios y destructores en la estación de las nieves. Por él cruzaba una vereda, que naciendo en la orilla del camino real, terminaba una legua más allá en un lugarejo de tan mezquino aspecto, que parecía construido expresamente para desmentir las falsas aseveraciones de los poetas bucólicos de aquellos tiempos. Treinta ó cuarenta chozas por sus habitantes elevadas a la categoría de casas, y eso que no eran ni andaluces ni gascones; una iglesia con su torre poco más alta que los ridículos sombreros que ahora usamos; algunos árboles frutales que no bastaban a satisfacer la voracidad de los gorriones de la comarca; una era que jamás vió juntas cien fanegas de grano; hé aquí todo lo que, diseminado en vistoso desorden en un claro del bosque, componía el pueblo a que debemos llegar en la tercera jornada de esta historia.

(1) Por una equivocación de la imprenta, se ha omitido el capítulo III en la inserción de esta novela del Sr. Pavia; lo publicamos dicho capítulo, advirtiendo al lector que el II se encuentra en el nº 179 y el IV en el 182.

N. DE LA R.

Mas como no tenemos gran priesa, no será malo acortar un poco el paso, y harémos el viaje en compañía de dos zagalas, que en sendas pollinas vienen la vereda adelante, seguidas de un jayan, quien con sus oportunos varazos amengua y disimula la natural inclinacion de los animales al sosegado caminar.

La que primero marcha, que á verla Cervantes la comparara con su Galatea, pues de sus rubios cabellos *el mismo sol parecia tener envidia*, era hermosa en todo extremo; pero no á la manera que lo son las mujeres de su clase, para las cuales no se hicieron la blancura y transparencia del cutis, los labios coralinos y las manos de azucena. La saya de finísima bayeta azul, que en anchos pliegues bajaba desde la cintura hasta el nacimiento de la pierna mejor hecha que pudiera delinear el lápiz mas ejercitado en copiar las estatuas griegas, dejaba descubierto un zapato de reluciente cuero, adornado con gigantescas hebillas de plata; el corpiño de terciopelo negro con galones de oro en las costuras y graciosas aldillas al rededor del talle, se atrevia apenas á cubrir su pecho, encomendando el complemento de esta envidiable tarea á una camisa blanca como la nieve, bordada de negro, que se cerraba en el cuello por medio de un brocheito afiligranado; una especie de caperuza, tambien de terciopelo y galoneada, con sus doce grandes botones ó *apóstoles*, como dicen las gentes del país, cubria la cabeza de la gentil zagala, cuyos cabellos partidos en dos trenzas sobre las sienes, se reunian despues en una, donde tejida aquella madeja de oro con una cinta azul, daba contento á la vista ondulando libre á merced de la brisa matinal. Una alma virgen hablaba en su dulce mirar el lenguaje de los ángeles; la alegría del justo tenía sus mejillas de un color rosado como la esperanza; y cuando los inseguros y torpes pasos de su cabalgadura ó las imprudencias del viento cambiaban las rosas en amapolas, se asemejaba á Diana sorprendida en el baño por Acteon.

La segunda zagala, no menos ricamente vestida que la primera, tenía al parecer bastante mas edad; en su rostro brillaba la última flor de la belleza, ese *adios* á la juventud, desgarrador y tierno á la vez, que con frecuencia engendra las pasiones mas vehementes y ciegas de la vida.

En cuanto al espolista, criado ó lo que fuese, no merecía que de él hagamos particular pintura; baste con decir que estaba vaciado en la gran turquesa de los éntes vulgares, la cual está siempre en movimiento, como que de ella salen las cuatro quintas partes de la humanidad.

Trasponiendo un repecho nuestros viajeros, llegaron á descubrir el lugarcillo de que ya hemos hablado; y no bien lo hubo advertido el patan aporreador de jumentos, asíó del ronzal del que mas cerca de sí tenía, y dijo:

— Sus mercedes están en el sitio convenido, con que de aquí allá, la Magdalena las guie.

La zagala mas jóven exclamó sorprendida:

— ¡Si falta cuando ménos media legua!

— ¿No ve su mercé el lugar?

— Sí.

— ¿Y qué es lo que me dijo esta buena señora, que así Dios la dé salud, cuando nos ajustó á mis burras y á mí?

— Pero...

— « Anton, me dijo, ¿quieres venir conmigo á...? »

— Aunque me dierais para un buey de oro, contesté, porque no es de cristianos tentar á Dios. Mujer tengo, hijos crío, salud gozo, y no quiero meterme en libros de caballería para salir luego con las manos en la cabeza; que donde ménos se piensa salta la liebre.

— Mas tú me prometiste traernos, objetó la otra labradora, hasta muy cerca de ese pueblo infeliz...

— ¡Hasta verle, canasto! ni mas ni ménos. ¿O quiere su merced que me deje coger de las viruelas malinas que van á echar al hoyo á todos los vecinos de ese lugar? De aquí no paso, ni mis bestias tampoco, así me desollasen vivo.

— Vamos, Anton, sigue un poco mas, y doblo la paga.

— Señora, ¿cuándo digo que no?...

Descabalgaron ambas mujeres, con el auxilio del tartarudo libriero, y midieron con la vista la distancia que quedaba por andar.

— ¿Qué hacemos, Teresa? preguntó la de mas edad.

— Lo que gustéis, querida tia.

— Por mí pasaría adelanté; pero tú eres tan delicada...

— ¡Oh! ya veréis, ya veréis como voy y vuelvo sin el menor cansancio. La Caridad me prestará sus alas.

Y como si este milagro se hubiera obrado en el momento, comenzó á correr por la tortuosa vereda.

Los pájaros cantaban al verla pasar tan hermosa, creyendo que ántes de acabarse el otoño, la primavera era llegada.

Peró de pronto se detuvo, porque acababa de oír la detonacion de una arma de fuego, que dejó sus miembros sin accion. Un instante despues se agitó la maleza con un ruido extraño, crugieron los jarales como si por el hacha del leñador fuesen cortados, y un terrible jabali con las cerdas erizadas, los ojos brotando sangre, los temidos colmillos descubiertos en toda su longitud, moviendo la cabeza á uno y otro lado para abrirse paso, saltó al camino.

Sabido es que el jabali casi nunca acomete; pero destroza todo lo que encuentra en su huida, como otros tantos obstáculos que se oponen á su conservacion.

Teresa estaba, por desgracia, colocada en la línea que seguia la irritada fiera: bastárale un ligero movimiento

para verse libre del peligro, pero ni el espanto le permitió pensar en ello, ni aun pensándolo hubiera podido realizarlo. La imaginacion de las mujeres es un microscopio que abulta los peligros de una manera fabulosa; una gota de agua suele tomarse por un océano; y además los peligros inesperados tienen el privilegio de alterar, siquiera sea momentáneamente, la calma de los hombres mas resueltos. El soldado valeroso marcha al ataque con la frente erguida y el corazón sereno; en las sorpresas necesita algunos momentos para reponerse del pasajero temor y dar pruebas de su ánimo esforzado. ¿Qué mucho que la bella zagala no acertase á dar un paso al verse frente á frente del furioso animal?

El labriero, mas avisado, trepó con la habilidad de una ardilla por el tronco de un árbol, proponiéndose rogar á Dios desde allí por la vida de... sus pollinas.

La tia de Teresa quedó sobrecogida de terror.

El jabali avanzó hácia Teresa, rápido como el pensamiento. La jóven cerró los ojos, y se encomendó fervorosamente á su abogada, juzgando que las puertas de la segunda y verdadera vida se abrian ya para ella.

Sin embargo, pasó otro segundo, y no sintiéndose herida sino por una corriente de aire cálido, se atrevió á mirar en torno suyo, y halló el jabali á sus piés, palpitante todavía en medio de un lago de sangre.

¡Se habia salvado!

Teresa y su tia se abrazaron estrechamente, vertiendo dulces lágrimas, mientras Anton acariciaba con la mano y con la palabra á sus pacíficas compañeras.

Aquí llegaban de su expansion nuestras rústicas amigas, cuando se presentó un robusto cazador, perfectamente armado de escopeta y cuchillo. Frisaba su edad en los cincuenta años, aun cuando lo blanco y terso de su rostro y el azul claro de sus ojos, alegres y expresivos, encubrian en parte los agravios del tiempo; era de noble apostura, amable sonrisa y gracioso andar.

El cazador no reparó al pronto en las campesinas; llegóse adonde estaba el jabali, y reconoció la herida que habia puesto fin á su bravura. Solo despues de satisfecha esta curiosidad que, segun dicen los peritos en la materia, es la que proporciona mayores goces á los aficionados á la montería, vió á las dos labradoras abrazadas aun y llorosas, y les dijo:

— ¿Qué! ¿os habeis asustado, muchachas?

Al verse tratadas con tanta familiaridad, tia y sobrina levantaron la cabeza con el desden del orgullo ofendido en los labios; mas la primera volvió á ocultarla rápidamente en el seno de la otra, exclamando:

— ¡Oh!

— ¿Qué habeis visto, tia? preguntó Teresa alarmada.

— Nada... vámonos, prosiguió su interlocutora en voz baja.

— Pero ¿qué teneis?... ¡Me haceis temblar!

— Vamos á ser descubiertas si permanecemos aquí un minuto mas.

— ¡Dios mio! ¿Luego conoceis á ese cazador?

— Sí; vámonos!

— ¿Y quién es?

— Es... el hermano de S. M. el rey... el infante don Luis!

Teresa alzó involuntariamente los ojos, y halló otra mirada fija, amorosa, acariciadora, de admiracion, de gratitud, de júbilo, que buscaba la suya, y penetraba en su corazón, y hacia vibrar en su alma una cuerda muda hasta entónces.

Esto es amor: la sombra de un sueño que cobra cuerpo al contacto de la realidad; la mano que hiere un resorte que está en nuestro sér, oculto para nosotros mismos; la simpatía de un momento, ó mas bien el recuerdo de una vida anterior, en que nuestra existencia ha corrido unida á otra existencia, desterrada despues como nosotros á esta posada de peregrinos. ¡Dichosos mil veces los que la encuentran pura y sin mancha, como cuando la perdieron!

El infante don Luis pudo al fin articular estas palabras:

— Pésame, hermosa zagala, de haberte causado el temor que veo pintado en tu semblante.

— No fué nada, señor, contestó Teresa temblando como la hoja en el árbol.

— ¿Tan cerca estuviste del jabali?

— Vino á caer á mis mismos piés.

— Tu belleza le rindió mas pronto que mi bala.

— Decid mejor que vuestra bala ha salvado eso que llamais mi belleza. A no ser por vos...

— Mira que confiesas que me debes la vida.

— Y así es verdad.

— ¿Y qué me darás en cambio de tamaño servicio?

— Soy pobre, señor.

— ¿Tanto como hermosa?

— Mas.

— La hermosura siempre es rica.

— La hermosura honrada no.

— Eso consiste en que es avara, y todo lo quiere para sí.

— O en que se considera depositaria de un tesoro que debé devolverse á su dueño, tal y como salió de sus manos.

— Mucho se te alcanza de estas cosas, para ser lugareña.

— Es que á los que vivimos en... Zamarramala, se nos pega algo de la ciudad.

— Discreta eres.

Un gentil hombre jorobado y tuerto, y dos ó tres personas de la servidumbre del infante que llegaron á este tiempo, interrumpieron el diálogo, pues el infante no se atrevió á seguirle en su presencia.

Teresa y su tia, aprovechando la oportunidad, cabalgaron con presteza, y sin curarse ya del objeto que allí les habia llevado, volvieron á emprender la marcha en la misma direccion que trajeron.

Al apercibirse el infante de que Teresa se alejaba, miró los piés de esta, y de su pecho se escapó un suspiro. Acababa de ver que las medias que calzaba eran color de grana.

Las mujeres de la provincia de Segovia llevan en las medias un pregono de su estado: el color blanco quiere decir *soltera*, el encarnado *casada*, y el azul *viuda*.

Anton, malicioso como la mayor parte de los *paletos*, iba cantando:

No son todos cazadores
Los que por el monte van:
Unos cazan las perdices,
Y otros las hijas de Adán.

— Bien haya el venado blanco, pensó el infante, que por venir en su busca he tenido esta vision encantadora.

Y pensativo é intranquilo dió orden de tornar al Sitio.

IV.

El infante don Luis, hijo de Felipe V y de su segunda mujer Isabel Farnesio, nació en 1727. A la edad de diez años fué nombrado administrador de las mitras de Toledo y Sevilla, y creado cardenal con el título de *Santa Maria della Scala*. Nada mas lindo ni mas grotesco á la vez que los retratos que se conservan de aquel tierno niño, blanco y rubio como las candelas, vistiendo la púrpura cardenalicia y con el anillo arzobispal en el dedo. Así pasó diez y siete años, al cabo de los cuales, esto es, á los veinte y siete, « conociendo bien, dice un historiador, la extension de los deberes que le imponian la pureza de costumbres y la santidad propias del estado eclesiástico, se decidió á hacer renuncia de sus dignidades. »

Vuelto al estado seglar, permaneció soltero. ¿Por qué causa? No se sabe, pero se sospecha.

Cuando se estableció la ley sálica para la sucesion á la corona, sancionada por las córtes de Madrid en 1713, se mandó expresamente que el príncipe llamado á heredar la corona de España, debia de ser nacido en estos reinos. Y como los hijos de Carlos III habian nacido en Nápoles, se supone con algun fundamento que el monarca impidió constantemente el matrimonio de su hermano, para que los descendientes de este no pudiesen en ningun tiempo suscitar dificultades á los suyos.

¿Era esta conducta indigna ó previsora?

Abramos la historia de todos los pueblos, y de un modo ú otro formulado hallarémos este axioma:

Las guerras civiles son la ruina de las naciones.

Don Luis, tímido por naturaleza y sumiso por cariño á los deseos de su hermano, no se rebeló en la apariencia contra su suerte; soló en una ocasion tuvo el mal gusto de querer casarse con su sobrina la infanta doña Maria Teresa, que era fea y contrahecha; pero este capricho se desvaneció en pocos dias.

Y con todo, el infante sufría en secreto lo que no es decible. La naturaleza y la conciencia luchaban en él de continuo, y se disputaban su posesion; la una le hablaba con la voz de las sirenas, la otra con el severo acento del cristianismo.

¿No es verdad, hombres del siglo XIX, que semejantes hechos eran absurdos, sobre ridiculos? Por fortuna ya no los conocemos. Vivimos en una sociedad *ilustrada*, que no se asusta de pequeñeces; hasta los ministros van hoy al teatro con sus concubinas.

CÁRLOS DE PRAVIA.

Tipos y fisonomías del ejército de Oriente.

Estamos en el camino de Kamiesh á Sebastopol. Al dejar la playa se sube insensiblemente como unos diez minutos al dirigirse hácia el fondo de la bahía, y dejando á la derecha las malas tiendas y barracas que serán luego la ciudad de Kamiesh. En breve la cuesta del terreno se hace mas sensible y en lo alto de la meseta al volver bruscamente á la izquierda se encuentra la encrucijada de dos caminos que se dirigen el uno hácia el cuerpo de sitio y el otro hácia el cuártel general.

¿Cuántas veces esos caminos han cambiado de aspecto de resultas de las lluvias que los convertian en verdaderos pantanos! Entónces los convoyes y los hombres torciéndose de un lado ú otro, acababan por dar á la via una anclura extraordinaria.

Durante los rigores del invierno todo se ponía impracticable; á pié se necesitaban cinco horas para llegar al cuártel general. En tiempo de nieve se echaba al acaso por la llanura; los carros marchaban á fuerza de añadir caballerías á los tiros.

Y no obstante, en los primeros dias del desembarco esos caminos atravesaban vastos espacios cubiertos de vegetacion, herbosos viñedos y bonitas huertas; tres meses despues toda verdura habia desaparecido y el ojo soló distinguía un cenagal interminable en el invierno y en el verano una superficie empolvada de terrenos sobre los cuales pesaba una atmósfera espesa y fétida.

Sin embargo, alternativamente todos los regimientos



La artillería de campaña.

suministraban hombres que se ocupaban en reparar el mal estado de los caminos estratégicos mas importantes, como los del parque grande, los del cuartel general, etc., etc.

Sobre todo el primero de estos caminos se hablaba siempre surcado por inmensos convoyes de artillería de campaña y de sitio, que pasaban trabajos infinitos para la marcha; pero el conjunto general de todas esas vías ofrecía principalmente en la mañana un curioso espectáculo.

Allí se veían largas filas de carretas remolcadas lentamente por los pequeños bueyes de la Crimea; los boyeros búlgaros ó tártaros fumaban silenciosamente sus pipas caminando junto á los animales; todo ello muy despacio y los car-



Las carretas.

ros sin carga; habia algunos que llevaban unos mantos atados de forraje y un tonel de vino. Los boyeros formaban separadamente un pequeño campamento notable sobre todo por su poca limpieza; este campamento situado en un principio á la izquierda de Kamiesh se habia ido alejando despues hasta el lado Norte de la bahía Petchina. Aquí una porcion de carretas de cantineras, vehiculos que la pluma se niega á describir, trataban de introducirse en medio de las compañías que venian de trabajar en los bosques, llevando agua, vino y aun balas de cañon. Un poco mas léjos se distinguian largas hileras de mulas que transportaban cajas de galleta; estas mulas pertenecian al servicio de



La artillería de sitio.



Compañías de servicio en el campo.

trenes cuyos soldados humildes y trabajadores no recogen en la guerra mas que la miseria y solo alcanzan las espigas de la gloria; si de este puñado de hombres animosos un corto número muere en la pelea, muchos sucumben en sus faenas, pues no hay descanso para estos soldados; es preciso haberlos visto durante meses enteros cubiertos de lodo, empapados de una lluvia continua, cargados de trabajo, devorando á caballo un café frio con algunos pedazos de galleta y bebiendo unas cuantas gotas de aguardiente, para apreciar en todo su valor los servicios que ese cuerpo oscuro y de un orden en apariencia secundario hace á un ejército, cuya salvacion asegura á menudo.



Al lado de las mulas ruedan las piezas de grueso calibre de la marina que marchan hácia el parque grande de artillería para ser trasladadas luego durante la noche á las baterías. Acá y acullá galopan en todos sentidos ordenanzas de los oficiales que van y vienen para el servicio de las *popottes*; este nombre designa en tiempo de sitio la instalacion cualquiera que reemplaza lo que en tiempo de guarnicion se llama la pension ó casa donde comen los oficiales.

Por último, mas allá vuelven algunos batallones de *Kamiesh*, donde fueron á buscar la racion de pan para media semana. Y todo esto hormiguea, se cruza y se tropieza tanto y tan á menudo que se puede dudar se hayan oido nunca



Los convoyes de mulas.

Desde ese tiempo, no sabemos que Vallejos haya vuelto á aparecer en la escena pública, ni como escritor, ni como empleado. Se ha consagrado á gozar de las delicias que acompañan á la vida de familia, vida íntima, cuyos gozos son los más dulces, puros é intensos que se puedan tener acá abajo. ¡Feliz JOTABEGHE, que en paz disfruta de tan cara dicha! Vamos ya á copiar algunos trozos de los artículos citados ántes.

Las costumbres de la época colonial eran *à peu près* unas mismas en todos los países de la América española; hoy, esos pueblos, á pesar de las semejanzas que siempre tendrán á causa de su mismo origen, que les dió un solo idioma, y una misma religion, tienen deferenencias bien sensibles que marcan á cada uno su particular fisonomía. Esto es natural: el *statu quo*, y la dependencia á un solo señor imprimian á todo el mismo sello; pero los movimientos de la existencia propia, las relaciones con los pueblos extranjeros, los pasos más ó ménos firmes en la senda del progreso, producen semejanzas notables que caracterizan las diversas nacionalidades del mundo nuevo. A decir verdad, lo que hoy tienen de común las repúblicas Sur-americanas, es el idioma, son sus tradiciones y sus constantes inquietudes domésticas. Su religion, y á fé que esto no es un adelanto, va cambiando; sus instituciones al parecer iguales, porque todos esos pueblos llevan el nombre de repúblicas, difieren grandemente: se dirá que son una misma cosa los gobiernos de Méjico, Chile, Nueva Granada y Venezuela? El nombre, repetimos, es uno mismo; el fondo de las instituciones es diverso: Méjico participa de una teocracia, de una oclocracia y de un gobierno militar; Chile es por ahora una verdadera aristocracia; Venezuela está militarizada y su gobierno se halla en manos de dos hermanos, ambos generales; Nueva Granada es una democracia pura, purísima, y también impura, dirigida por jóvenes doctores y por clubs de artesanos, que van consiguiendo establecer todos los principios que proclamó la revolucion de 89, y algunos más de la propia cosecha de aquellos jóvenes doctores. Así pudiéramos seguir hablando de los demás países americanos; pero eso nos alejaría de nuestro objeto. Lo que íbamos á notar eran algunos retazos del artículo de JOTABEGHE, intitulado: ¡QUIÉN TE VIÓ Y QUIÉN TE VE! El autor habla de lo que era Copiapó en la época del coloniaje y de lo que es hoy, ó por lo ménos lo que era en 1845, que fué cuando publicó su artículo. El escritor dice así:

« Pocos pueblos habrán tenido una infancia tan larga y mas parecida á la decrepitud que la villa de San Francisco de la Selva, hoy ciudad de Copiapó, capital de la provincia de Atacama. Pero también es cierto, que muy pocos harán un progreso mas rápido y mas á vista de ojo, que el que en estos últimos años le ha venido la gana de recorrer á nuestro amado rincón. Se puede decir de él lo que del niño que de repente sufre un gigantesco desarrollo: *se le ve crecer*.

« Todos aquellos de mis paisanos que no quieran hacerse criaturitas de ayer, recordarán lo que era esto, treinta, cuarenta ó cincuenta años ha.—Un asiento de ruinas con sus cinco ó seis trapiches.

« Los algarrobos, chañares y dadines, no solo dividían las propiedades unas de otras, sino que sombreaban las habitaciones é invadían los patios y las aceras de las calles. En la plaza principal crecían, segun es fama, estas plantas indígenas en la misma paz y libertad que ántes que Diego de Almagro viniese desde el Perú á alborotar este entónces silencioso valle.

« Un subdelegado de los reyes católicos gobernaba en toda la jurisdiccion de Copiapó, precisamente como gobiernan hoy en Chañarcillos y San Antonio los subdelegados de la república: me explicaré: tenían el encargo de hacer el bien, dejándoles al mismo tiempo todo el poder, facultades y *multas* para obrar, si querían, el mal. El pueblo semejaba entónces á un vasto monasterio de ambos sexos, en que se vivía, se comía y se dormía á golpe de campana. De madrugada les llamaba á misa el cura: á las doce del día tocaba *la agonía de las ollas* el sacristan: á la oracion, vuelta á sonar la campana para que todos fuesen á bostezar en la leyenda y distribución; y mas tarde, á eso de las diez, se tocaba á la *quedada*, hora en que el subdelegado mandaba á su gente que se acostase á dormir y apagase las luces, so pena de *ocho dias de trabajo en el cuartel*, ó multa de tantos pesos. Entónces todos sabían que los pesos eran para el subdelegado: hoy nadie puede jurar que conoce, á punto fijo, el abismo donde van á parar.

« En aquel tiempo, solo había algunos ricos y un hormigueo de pobres, tan pobres como Adán. Los primeros formaban la corte del subdelegado: todos eran alféres reales, maestros de campo y compadres del mandatorio; única decoracion que hasta hoy se conserva con sus preeminencias y propinas: las otras han vuelto á lo que eran, se han vuelto humo.

« El solo asunto conocido por entónces por de *interés público* y que alcanzaba á conmover la comunidad extraordinariamente, parece haber sido el turno de aguas. Hubo autoridad apedreada por el pueblo, á consecuencia de haberlas distribuido favoreciendo á los ricos; y hubo otra que habiéndolas repartido no al gusto de estos, necesitó de afacarle con el pueblo hasta incendiar sus sementeras, para plantear la reforma.

« No se conocía otra policia que la muy inquisitorial ejercida por el cura de la parroquia; cuyas atribuciones no se limitaban á casarle á Vd. contra su voluntad, sino que también le metía á Vd. á la cárcel ó le desterraba del redil con una excomunicacion mayor, cuyos olores pasaban á sus descendientes de Vd.

« Los comendadores de la Merced y guardianes de San

Francisco constituían otro poder terrible. De consiguiénte, encompadrarse con ellos, se tenía por el gran honor de aquel entónces; recibir sus visitas, por una bendiccion de Dios; y no caerles en gracia, por el conjuro, la piedra mas pesada que podía aplastar á algun individuo.

« Las reuniones de familias poco se usaban por la noche; y solo cuando ocurría un casamiento, un óleo ú otro motivo de regocijo, armábanse algunos *zaragates*. El minuet ejecutado por la primera notabilidad femenina, regularmente no por la mejor moza, abría la sesion; despues de lo cual todas las demás tenían permiso para salir, á su vez, á dar ese paseo donairoso, esa exhibicion de gracias y de belleza á que se halla reducida esta magnífica antigualla. La etiqueta de romper el baile con un minuet aquella que se consideraba reina de un estrado, fué por largo tiempo un motivo de quejellas contra las preferencias. Pero despues se entabló que esta prerogativa la tendría precisamente la mas entrada en años; con lo que hubo vez que ninguna quiso recibir tan disputados honores. En todos tiempos la mujer ha sido incomprendible.

« El ajuar de la pieza principal de una casa consistía en un largo tarimon, con una alfombra por encima y una madriguera de *atones* por abajo: sobre el tarimon y á lo largo de la muralla, una fila de cojinitos semimoriscos con espaldares de zaraza ó *zagalego* á guisa de colgaduras. Este era el asiento exclusivo de las damas, y ningun hombre, que no fuese fraile de campanillas, podía profanar aquel sagrado. En una de las cabeceras del estrado se arrellanaba sobre una pequeña alfombra la dueña de casa, teniendo siempre á su lado una cajueta cubierta de mosaicos de plata y de concha de perla. Al frente de este aparato se veían un escaño y varios taburetes de madera; tan propiamente madera, que solo le faltaba arraigarse y retoñarse: aquí se acomodaba el otro sexo. Debajo del escaño y taburete dormían las palomas caseras, tejían sus telas las arañas, guardaban las chiquillas sus muñecas, y las niñas sus zapatos mas usados: y como nunca pasaba por ahí la escoba, no era de admirar que saliese también uno que otro *chañarcito*. Completaba el menaje, una mesa enorme por lo regular de saucé, sobre la cual vivían en perfecta armonía los santos milagrosos de la familia, el *mate* y el sahumador de plata, un cajoncito de espejo, un florero bien surtido, varias baratijas, y el gato regalon de la señora.

« Tal era, poco mas ó ménos, Copiapó en aquellos dias de su larga infancia. Así vegetó por cerca de un siglo, sin que la vida de sus habitantes experimentase otras crisis que las ocasionadas por algunos descubrimientos de minerales ó por los fuertes terremotos que se dejaban sentir aquí de vez en cuando.

(Se concluirá.)

J. M. TORRES CAICEDO.

Gobierno general de la India inglesa.

ADMINISTRACION DE LORD DALHOUSIE.

Leemos en el excelente periódico inglés titulado el *Economista*, un artículo sumamente interesante sobre la administracion de Lord Dalhousie, último gobernador general de la India británica, y vamos á traducirlo literalmente porque puede considerarse como un notable y exacto resumen de los progresos que la administracion inglesa hace en la India. Semejantes progresos consisten por una parte en aumentos de territorio, que nada debe contener á lo que parece, y por otra en reformas mucho mayores todavía, introducidas en la administracion interior del país. Esto no es simplemente para nosotros un espectáculo grande y digno de atencion, sino que también nos interesa bastante bajo cierto aspecto.

« Cuanto mas se civilice y prospere la India en poder de sus actuales señores, tanta mayor importancia y utilidad viene á adquirir el canal marítimo de Suez. Bajo este punto de vista tratamos de estudiar en breve la organizacion de la poderosa Compañía de las Indias; entretanto hé aquí el citado artículo del *Economista*:

« Apenas existe en el mundo una posicion tan envidiable y tan eminente como la que ocupa el gobernador general de la India. Su poder para hacer el bien es tan ilimitado como el de que goza para causar el mal, si bien se halla sometido á la severa fiscalizacion del Gobierno metropolitano. El gobernador tiene delante de sí un campo inmenso para desplegar el carácter de un verdadero hombre de Estado, tal como lo conciben los ingleses, y tal como no se encuentra en los demás países de la tierra, sino en épocas muy remotas. El gobernador general de la India, puede creer en realidad lo que muchos príncipes se imaginan erradamente, esto es, que reina sobre un pueblo cuya naturaleza es inferior á la suya, y que él es el único que puede reinar allí por su sabiduría y obligarlo, si necesario fuese, por la fuerza de su omnipotente voluntad. Hállase colocado al frente de un imperio y en una posicion que puede ser tan paternal como autócrata, á la cabeza de una poblacion compuesta de innumerables millones de almas. Es un déspota; pero un déspota educado bajo un régimen constitucional, imbuido en sus principios, y colocado bajo la responsabilidad constante de un gobierno parlamentario de espíritu eminentemente popular. En nuestro concepto semejante posicion es preferible á la de un presidente del Consejo de ministros. Las cualidades de hombre de Estado de que debe hallarse revestido el funcionario de que venimos hablando, son diferentes

y de un orden superior, porque el presidente del Consejo de ministros en Inglaterra solo tiene que encaminar los negocios, conciliar, contrabalancear, persuadir y arreglar, mientras que el gobernador general de las Indias tiene que decidirlo todo, ordenarlo todo, é imponerlo todo; en una palabra tiene que gobernar.

« Hemos consignado esta diferencia capital, en vista de un documento sumamente interesante sometido poco há al exámen del Parlamento. Consiste este documento en una Memoria escrita por lord Dalhousie sobre su administracion desde enero de 1848 hasta marzo de 1856. Este trabajo encierra un mérito real por las enseñanzas que contiene y por los curiosos datos oficiales en que abunda. Su estilo, sin embargo dista mucho de asemejarse al de los documentos parlamentarios en general. Resaltan en el citado escrito la sabiduría y la prudencia del autócrata concienzudo y previsor, pero no se advierte en él nada que revele las formas del estilo autócrático.

« Durante los ocho años que lord Dalhousie se ha encontrado al frente del gobierno supremo de la India, esta parte de nuestro imperio ha hecho los mas extraordinarios progresos. Ningun periodo anterior de igual número de años, había sido testigo de tan vastas agregaciones de territorio, de tan importantes reformas administrativas, y de un desarrollo tan sorprendente de mejoras así en el orden mercantil como en el científico. Conquistas, anexiones, carreteras, ferro-carriles, canales de navegacion, canales de riego, telégrafos eléctricos y tarifas de correos muy reducidas, hé aquí lo que constituye la historia de la administracion de lord Dalhousie. Su señoría refiere todos estos hechos con la mayor sencillez y con la conviccion legítima de haber merecido bien de la India y de la Inglaterra.

« Apenas llegado á la India, estalló la segunda guerra contra los Sikhs, guerra que la Gran Bretaña no había provocado, y á la que se vió arrastrada por el contrario á causa de la violacion de un tratado. La Inglaterra reunió entónces todas sus fuerzas y recién alcanzada la victoria, el gobernador general, enemigo de esa clase de medidas que no tienen otro objeto que contemperizar, se apoderó por completo del territorio de Punjab, que forma en el día una de las provincias mas florecientes y mejor administradas de la India. Dos años despues, fué conquistado Pegu á consecuencia de la conducta insolente seguida por el rey de Ava, y de haberse negado este á las reparaciones que se le exigieron, y convencido entónces el Birman de nuestra superioridad se resignó á ser en adelante un vecino pacífico. El reino de Nagpore ha sido incorporado á la corona británica por haberse extinguido su dinastía, y Thanice y Sattara han sufrido la misma suerte. El Nizam ha entregado el Berar y otros distritos de Hyderabad á la Compañía de las Indias para la satisfaccion de ciertas deudas y arreglo de algunas reclamaciones. El gobierno del rey de Ouda, que se hizo violento y ultrajante hasta el último extremo, y que violó abiertamente un tratado celebrado con nosotros en la época en que nos obligamos á mantenerle en el trono, fué discreta y acertadamente depuesto, confiscándose y anexionándose su territorio á las posesiones de la Inglaterra. Estas adquisiciones sucesivas han aumentado los rendimientos de la India en una renta de cuatro millones de libras esterlinas, ó sea de 100 millones de francos.

« No podemos resistir al deseo de citar uno de los artículos mas curiosos de la Memoria de lord Dalhousie. A pesar de considerar justa y necesaria la conducta observada por el gobernador general de nuestro imperio de Oriente, no deja de llamarnos un tanto la atencion, la sencillez y el laconismo con que se expresa su señoría.

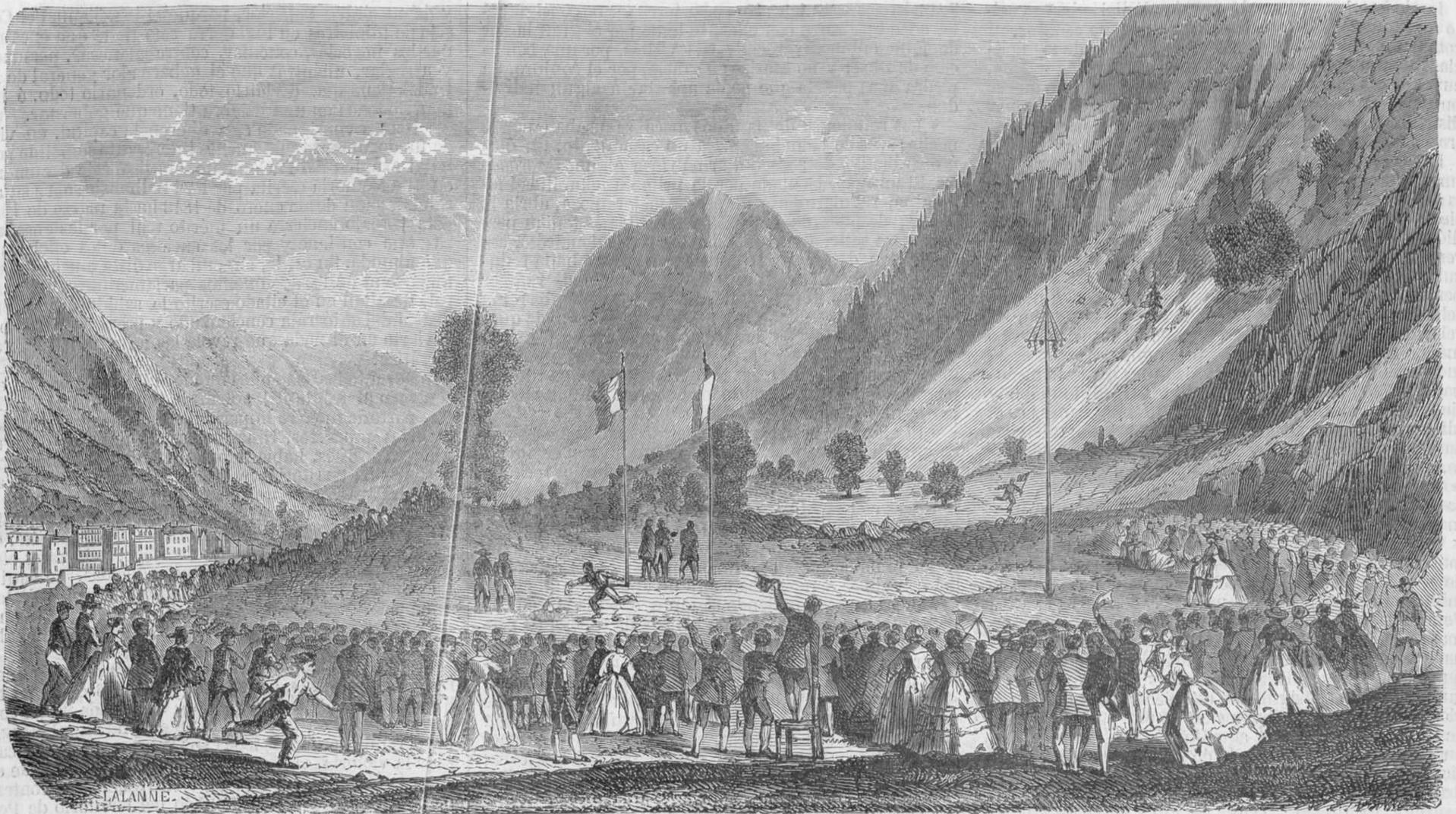
« Habiéndose resistido á principios de 1848, dice lord Dalhousie, el Rajah de Oungou á la autoridad del gobierno, fué privado de su reino y sucumbió despues en el destierro.

« El Rajah de Sikkham, en los confines de Nepal, tratando de asegurar el éxito de ciertas reclamaciones que pretendía tener contra el gobierno inglés, tuvo la audacia de apoderarse de la persona del oficial político que viajaba en sus dominios con un salvo-conducto del Rajah. Hicieronse entónces los correspondientes aprestos militares; el agente en cuestion fué puesto en libertad, y todo el territorio que el Rajah poseía en la llanura fué confiscado y guardado.

« En el Sindh-Meer, Alí-Morad de Khyrpore, fué acusado de haber ingerido fraudulentamente en un tratado una cláusula, en virtud de la cual había conseguido sin derecho la posesion de territorios, que en realidad pertenecían al gobierno inglés, y así que resultó evidenciada su criminalidad, se le privó de sus dominios, y su poder, y su influencia quedaron reducidos á la nulidad.

« El establecimiento de ferro-carriles en la India, fué uno de los objetos que con mas preferencia ocupó la atencion de su gobernador general. Concretándose á las líneas que respondían mejor á las necesidades actuales y que estaban llamadas á desarrollar los recursos del país, emprendiéronse con afán los estudios, iniciáronse con singular rapidez los trabajos, y el resultado fué que durante el año de 1853 quedaron abiertas tres secciones de tres líneas diferentes; una de ciento veinte millas de Calcuta, cincuenta millas de Madrás y otras tantas de Bombay.

« El trabajo realizado posteriormente por lord Dalhousie fué el establecimiento de un derecho de correo uniforme para las cartas. Estas atraviesan hoy en toda la India desde Peshawer hasta el cabo de Comorin por 3 farthings (4 céntimos) y los periódicos por 1 p. y 1/2.



Los Pirineos. — La fiesta de los extranjeros.

El soldado escocés que va á incorporarse á su regimiento en las mas lejanas fronteras, puede escribir á su madre y franquearle la carta por 6 p. No es posible agradecer bastante un beneficio tan inmenso.

» A pesar de los gigantescos obstáculos que caudalosos rios, impenetrables sotos y elevadas montañas sin senda posible, oponian á cada paso, el telégrafo eléctrico pudo establecerse en una extension de 4,000 millas invirtiendo 210,000 libras esterlinas, esto es, 5,250,000 francos. Merced á estas obras pueden hoy expedirse despachos desde Agra, como punto central, á Calcuta, á Madrás, á Bombay y á Attock en el espacio de algunos minutos, y con arreglo á una tarifa mucho mas módica que las que suelen regir en Europa. Todas las noticias del Overland quedan trasmitidas á Calcuta á las doce horas de haber llegado el *steamer* á Bombay.

» Las obras de riego han sido tambien impulsadas en grande escala y de un modo verdaderamente extraordinario. En ocho años se ha trazado y concluido el canal del Ganges, que tiene una longitud de 525 millas por un máximun de profundidad de 10 piés y una anchura de 170. Este canal es por sí solo dos veces mas largo que todos los canales de riego que existen hoy en Egipto, y en Lombardia reunidos. Regará 1 470,000 áreas de terreno y será, por supuesto, navegable. Ha costado millon y medio de libras esterlinas (cerca de 40 millones de francos) y es la primera obra de su género que hay en el mundo.

» Finalmente hánse construido multitud de caminos, mejorado varios puertos, y establecido líneas de buques de vapor en todos los rios principales. Baste decir que en las obras públicas de la India se invierten anualmente 3.000,000 de libras esterlinas, ó sea 75 millones de francos. Lord Dalhousie considera con razon este gasto como justo y acertado, aun cuando las rentas actuales de aquel país no alcanzasen á sufragarlo.

» En una palabra, jamás hemos tenido ocasion de leer un documento oficial tan lleno de esperanzas para lo futuro, como la Memoria escrita sobre la administracion de lord Dalhousie y que haga constar de un modo tan evidente la ilustracion y celo infatigable que ha sabido desplegar esta autoridad.»

La Compañía de las Indias en reconocimiento de los servicios prestados por lord Dalhousie le acaba de ofrecer una pension anual de 125,000 francos. El informe ha sido presentado por el coronel Sykes, presidente de la Junta de directores, y la proposicion acogida por unanimidad. Este informe es muy notable, porque contiene los documentos mas á propósito para apreciar los principios porque se dirige esta poderosa Compañía y los maravillosos progresos que hace continuamente.

ERNESTO DESPLACES.

Los Pirineos.

El arte y la poesía se han disputado el honor de revelar las maravillas de los Alpes y la Suiza, esos dos países privilegiados y hace ya mucho tiempo que los ecos del mundo rasuenan con el ruido de su celebridad. Los Pirineos reclamaron tambien á su vez una admiracion poética y cada año sus frescos y risueños valles se cubren de viajeros, unos que van á buscar en la virtud de las aguas el restablecimiento de su quebrantada salud, y otros que acuden únicamente por el deseo de contemplar las sublimes bellezas de una comarca que en Francia no tiene rival. El sol de julio derrama por los flancos gigantescos de las montañas las nieves de un largo invierno y convida á los viajeros de todos los países al grande espectáculo de una naturaleza portentosa,

que despues de haber sacudido el manto que la cubre durante ocho meses, ostenta los cuadros mas magníficos que puede figurarse la imaginacion mas rica. Aquí está todo el prestigio y toda la ilusion. — Esa naturaleza presenta un aspecto desolado, pero gracioso en su desolacion; lo imprevisto domina en ella. — Ese mágico desorden de rocas colosales que parecen amontonadas allí por manos gigantescas para penetrar el alma de asombro y de temor, esos bosques sombríos de negros abetos, que empiezan en la falda de los montes y llegan á los espacios mas elevados, esas cascadas caprichosas, esos golfos sin fondo, esos troncos arrastrados por el Gave, esos esqueletos de árboles, blancos con la blancura de la muerte, pero en pié todavía despues de haber resistido á las tempestades y á las avalanchas, esas cumbres aéreas, esos planos siempre variados en forma y en color que se suceden á lo infinito y que una nube caprichosa suele ocultar á la vista, esos ricos tonos brillantes y tornasolados, esa verdura ya oscura, ya fresca como en la primavera,



El puente de España.



La cascada de Bouces.

pitan con estrépito en el espacio; el golfo blanquea y el aire resuena con ruidos tumultuosos, expansion de una corriente contrariada, pero que en breve volverá á su primera forma, despues de vencido el obstáculo. El torrente se cambia otra vez en simple arroyuelo que corre por la verde yerba alegrándola con la frescura de sus aguas. — Aquella fuerte voz no es ya sino un ligero murmullo que en el silencio de ese desierto tiene tambien su poesia.

Esa naturaleza espléndida tiene un carácter de grandeza que domina y eleva el pensamiento. Esas figuras fantásticas, esos aspectos silvestres, esos montes descarnados, esos golfos abiertos al lado de esas crestas peladas que amenazan al cielo, interesan al corazon del artista, abren su alma á un santo entusiasmo y revelan el poderío de Dios.

La reputacion de esas maravillas pintorescas, y la eficacia de las aguas de los Pirineos llevan todos los años á las diferentes localidades una poblacion flotante de viajeros. — Luchon, Bagneres de Bigorre, Cauteret, Luz, San Salvador, Bareges, las Aguas-Buenas, reciben los visitantes franceses y extranjeros. Paris sumi-



La cascada de Cerizet.

y en lontananza esas nieves eternas que atajan el camino del hombre como diciéndole: « No pasarás de aquí; » ese conjunto en fin tiene algo de extraordinario, de grandioso que conmueve y seduce; y para dar un alma á ese vasto espectáculo la inmensa voz del Gave gime y rugie.

Ese arroyuelo que murmura y serpentea por el valle corriendo lentamente y cuyo curso se diria que puede desviar el soplo de un niño, tan insignificante parece en la inmensidad del cuadro, se acerca y se desarrolla poco á poco; pero hé aquí una roca que le cierra el paso. El torrente tiene una marcha irresistible como la del tiempo; se eriza espumante de rabia; ¿quién se atreve á interceptar su corriente? Los flancos de la roca están gastados por esas ondas impetuosas que se preci-

nistran en el dia un buen contingente. En el mes de junio la aristocracia muy brillante, la magistratura, la clase media, olvidando el mundo agitado de la capital, acuden allí alternativamente en busca de impresiones mas suaves.

Cauteret ofrece principalmente esa variedad de interés que el viajero desea encontrar en un país que le es desconocido. Sus cercanías desde la cascada de Lutour hasta el lago de Gaube tiene ese sello de grandiosa poesia que se revela sobre todo en la cascada de Cerizet, golfo formidable que rugie sin cesar y que parece querer ocultarse para siempre á la luz del sol. El espíritu violentamente agitado se turba y experimenta la necesidad de una emocion mas suave; pero esos terrores involuntarios en breve se disipan ante el rico espectáculo

de la cascada de Bouces y del puente de España, cuadro gracioso y pintoresco. Por último, el lago de Gaube, triste y silencioso, encajonado en montañas sombrías, parece coronar esa excursion para probar la diversidad de las impresiones que se reciben en ese país donde á cada paso se encuentran los contrastes mas extraordinarios.

Si se quiere presenciar una diversion caracteristica, no hay mas que esperar la fiesta llamada de los Extranjeros en el mes de julio. Allí en medio de los juegos de mil clases distintas inventados para solemnizar ese dia, hay uno que excita en alto grado la curiosidad y el interés y el de la Carrera de los huevos. Quince ó veinte jóvenes y robustos montañeses se lanzan á una señal dada y con los piés descalzos, suben por las rocas, sal-



El lago de Gaube.

van los barrancos, sin que ningun obstáculo les detenga; es un asalto de audacia y de rapidez. El fin es alcanzar una bandera plantada á cerca de un kilómetro, en la parte mas escarpada de la montaña. Pero no se concluye aquí la tarea del vencedor, sino que es preciso que traiga la bandera al punto de partida, en tanto que otro andará de distinto género, va recogiendo uno por uno y depositándolos en una cesta cien huevos colocados á un pié de distancia uno de otro. — Su doble misión principió á la misma señal; ya no se ven mas que algunos huevos en línea... un esfuerzo y ganó... baja tan rápido como la cascada, no corre, salta, y de un brinco se planta en el lugar de la escena jadeante, con los ojos encendidos y recoge en medio de las aclamaciones generales el premio de su victoria.

M. L.

GERIFALTE.

POR CARLOS DE BERNARD.

(Continuacion.)

— Señora mía, exclamó, llamo desastrosos aquellos decretos porque pienso cuales fueron sus resultados. — Un volcan estaba abierto á nuestros piés, prosiguió Marillac con énfasis, la agitación del pueblo era extrema; muchas escaramuzas con las tropas habian tenido ya lugar en diferentes puntos. Yo estaba en el boulevard Poissoniere donde acababa de almorzar y contemplaba como artista la escena dramática de que era teatro. Hombres con los brazos desnudos, mujeres entusiasmadas arrancaban piedras ó derribaban árboles. Carruajes, muebles, toneles, todo servia para hacer barricadas. El crujido de los árboles que caían, los golpes de las piedras, mil voces confusas que mugían como una sola voz, la *Marsellesa* cantada en coro, un ruido de fusilería irregular que se oía por el lado de la calle Saint-Denis, componian una armonía estridente, tempestuosa, bien superior á todas las sinfonías de Beethoven.

Yo escuchaba con un recogimiento solemne aquel rugido del pueblo mordiéndose su cadena y próximo á romperla, cuando mis ojos se fijaron por acaso en el balcon de un entresuelo que tenia enfrente. Un hombre de unos sesenta años, de cabellera cana, de fisonomía plácida y serena, robusto y fresco, se hallaba sentado delante de un velador, envuelto en una bata de seda color ceniciento. Yo le veía hasta los piés. Sobre la mesa tenía un tazon de café con leche que iba tomando mientras leía su periódico. — Os pido mil perdones por estos pormenores, pero mi costumbre de escribir...

— ¡Cómo! caballero, vuestra narracion nos interesa mucho, dijo con mucha cortesía la señora de Bergenheim.

— Un perrito como el vuestro, señorita, estaba asomado al balcon apoyado en los hierros, y miraba con gran curiosidad la revolucion de Julio, en tanto que su amo absorto en su lectura y en su almuerzo permanecía casi indiferente á todo lo que pasaba ante sus ojos.

— Oh, serenidad de un alma cándida y pura! exclamé yo á la vista de aquel cuadro de interior digno de Greuze. ¡Oh, dulce filosofía! ¡Oh, serenidad patriarcal! Quizás dentro de pocos instantes la sangre correrá á torrentes, y hé ahí un buen anciano que saborea su café en la paz de su corazón; me parecía ver un cordero sobre un volcan.

Marillac era aficionado á los volcanes y aprovechaba todas las ocasiones de volcanizar al fin de su período.

— De repente una conmocion de terror agita la muchedumbre; todos se agolpan, se precipitan, y en un instante el boulevard se queda desierto. Venia un escuadron de lanceros á la carga. ¡Oh, qué horrible carga! Yo hice como todo el mundo, pero apenas tuve tiempo para lanzarme bajo una escalera colocada al exterior de una casa, pues se hallaban cerradas todas las puertas. Nunca olvidaré la figura de uno de aquellos diablos que me rozó la cara con su lanza...

En fin, los lanceros pasaron bajando como una nube la cuesta del boulevard cerca de la puerta de Saint-Denis. Uno de ellos que se habia quedado á unos cien pasos de distancia á retaguardia galopaba derecho sobre sus estribos con la lanza en ristre... de súbito se oye un tiro, el lancero vacila y cae de cabeza con el pié en el estribo... el caballo seguía galopando arrastrando al hombre con su lanza que iba atada al brazo.

— ¡Qué horror! exclamó Clemencia cruzando las manos.

Muy satisfecho con el efecto que producía su narracion, Marillac prosiguió con mas aplomo y calor:

— Yo miraba á todas las guardillas de los tejados, á todas las lumberras de las cuevas para descubrir de donde habia salido aquel balazo; cuando llevando los ojos de derecha á izquierda ví un poco de humo que atravesaba las persianas del entresuelo que se habian cerrado á la llegada de la caballería.

— ¡Dios santo! exclamé, ¿con qué ese anciano de bata de seda se divierte en cazar lanceros como si fueran conejos?

Las persianas se abrieron; mi hombre de fisonomía plácida se inclinó hacia fuera, miró un rato con aire risueño en la direccion que llevaba el caballo que arrastraba el cuerpo de su ginete, y luego se volvió á sentar y continuó su almuerzo; el patriarca habia matado á su hombre entre dos sorbos de café con leche.

— Y así fué asesinada en las esquinas de las calles la guardia real por los héroes de vuestras gloriosas jornadas, exclamó la señorita de Corandeuil con indignacion.

— Pasada la carga la muchedumbre volvió mas exaltada; las barricadas se construian con una rapidez prodigiosa; dos habia cerca una de otra en el sitio del boulevard donde yo estaba. De repente ví saltar por encima de la primera un ginete con penacho rojo y blanco de plumas de gallo, reconocí un oficial de ordenanza encargado sin duda de algun despacho del estado mayor. En medio de los gritos de la multitud, de las piedras que le arrojaban, de los palos que atravesaban entre las piernas del caballo, él continuaba su camino con el sable envainado, la cabeza erguida, altanero y sereno, como si estuviera en una parada.

Al llegar á la segunda barricada, detuvo su caballo, para lanzarle y atravesarla. En aquel momento ví que las persianas del entresuelo se cerraban de nuevo.

— ¡Ah, viejo tunante! exclamé.

El ruido del tiro cubrió mi voz; el caballo que acababa de saltar dobló las patas; el ginete quiso levantarlo, pero el animal cayó redondo al suelo; la bala le habia atravesado la cabeza.

— Era aquel pobre Fiel que yo habia regalado á tu marido, dijo la señorita de Corandeuil, que bautizaba á todos los bichos con nombres sentimentales.

— Merecía su nombre, señorita, pues el pobre animal pagó por su amo á quien iba destinado el tiro. Muchas de esas figuras atroces que vomita la tierra en los días de revolucion se precipitaron aullando hacia el oficial caído. Yo corrí con unos jóvenes tan poco dispuestos como yo á permitir que asesinaran á un hombre sin defensa; al acercarme reconocí al baron; tenía la pierna presa bajo el caballo y con la mano derecha trataba de sacar el sable. Palos, piedras y bastones se alzaban sobre su cabeza. Yo arranqué el sable que su posición le impedia desenvainar y exclamé con voz de trueno:

— El primer tunante que dé un paso muere como un perro rabioso.

Y acompañé estas palabras con unos cuantos tajos en el aire que contuvieron un momento al populacho.

Los jóvenes que estaban conmigo siguieron mi ejemplo. El uno tomó un azadon, el otro arrancó una rama de un árbol de la barricada, otros trataron de sacar á Bergenheim de debajo del caballo. La muchedumbre aumentaba en torno nuestro; los aullidos se multiplicaban.

— Son gendarmes disfrazados.

— ¡Viva la libertad!

— Hay que matarlos.

El peligro era inminente y yo comprendí que solo echándola de patriotas podríamos salir de aquel apuro.

Mientras levantaban al baron yo salté sobre el vientre del caballo para que me vieran todos y exclamé:

— ¡Viva la libertad!

— ¡Viva la libertad! respondió el populacho.

— ¡Abajo Carlos X! ¡Abajo los ministros!

— ¡Abajo! gritaron mil voces á un tiempo.

Ya comprenderéis, señoras, que esto era dorar la píldora y nada mas.

— Somos todos ciudadanos, todos franceses, continué, y nunca nos mancharémos con la sangre de uno de nuestros hermanos desarmados. Despues de la victoria no hay enemigos. Este oficial obedeciendo á las órdenes de sus jefes, ha cumplido con su deber, cumplamos nosotros con el nuestro muriendo si es preciso, por la patria y por la conservacion de nuestros derechos.

— Tiene razon, gritaron muchas voces; el oficial no ha hecho mas que cumplir con su deber, sería un asesinato.

— Gracias, Marillac, me dijo Bergenheim á quien acababa yo de tomar de la mano para sacarle de allí aprovechando el efecto de mi arenga; pero no me apreteis tan fuerte, pues creo que tengo el brazo derecho roto; sin eso, os suplicaria que me volviérais mi sable para que enseñe yo á esta canalla que no se mata á un Bergenheim como á una gallina.

— Que grite: ¡Viva la libertad! dijo un hombre de cara feroz.

— Yo no recibo órdenes de nadie, contestó el baron con una voz muy alta y mirándole con ojos que habrian puesto en fuga á un rinoceronte.

— Tu marido es de veras muy valiente, exclamó la señorita de Corandeuil.

— Valiente como el difunto dios Marte. Esta vez su denuedo le habria llevado hasta la imprudencia, y no sé lo que habria resultado si por segunda vez la muchedumbre no se hubiese dispersado precipitadamente al aproximarse los lanceros que salían del boulevard. Yo arrastré á Bergenheim á un café; solo tenia un brazo lastimado.

En aquel momento la narracion de Marillac fué interrumpida por un ruido de voces confusas y de pasos precipitados. La puerta se abrió bruscamente y Alina entró en el salon con su brio ordinario.

— ¿Qué os ha sucedido? exclamó la señora de Bergenheim corriendo al encuentro de la joven cuyo sombrero y vestido estaban manchados de lodo.

— Nada, respondió la joven con una voz cortada; es Titania que ha querido tirarme al agua. — ¿Dónde está Rousselet? Dicen que hay que sangrarle y sabe él puede hacerlo.

— ¿Mi marido esta herido? dijo Clemencia cambiando de color.

— No es él, es un caballero que no conozco y que me ha salvado. ¿Dónde está Rousselet?

Alina salió muy agitada. Todo el mundo la siguió y corrió á las ventanas que daban al patio donde se oía la voz del baron. Muchos criados le rodeaban ya: uno de ellos tenia de las riendas á Titania cubierta de sudor y de lodo, y temblando como un caballo travieso que acaba de hacer alguna de las suyas. Sobre un banco de piedra un joven enjugaba con un pañuelo la sangre que corría de su frente: era Gerifalte.

Clemencia al distinguirle se apoyó en el marco de la ventana y Marillac bajó precipitadamente.

El tio Rousselet que al fin habia salido de las cocinas, y se adelantaba majestuosamente.

— ¡Pronto, mil rayos! gritó Bergenheim. Este caballero que la maldita yegua arrojó contra un árbol, ha recibido un golpe muy fuerte en la cabeza; ¿podrias sangrarle?

El viejo aldeano iba á responderle afirmativamente con la seguridad de un hombre que se ha visto ya en tales lances, cuando Gerifalte dirigiéndose al baron, le dijo:

— Caballero, este golpe no merece que os toméis; no me duele nada. Agua y una servilleta es todo lo que necesito. Lo único que siento, añadió con una sonrisa, es la triste figura que debo hacer ante las señoras que están á la ventana.

— ¡Pero es el caballero de Gerifalte! exclamó la señorita de Corandeuil hacia la cual habia levantado los ojos.

Octavio saludó con gracia. Su mirada se deslizó del rostro de la solterona al de Clemencia, que parecia sin fuerzas bastantes para moverse del sitio en que estaba.

El baron despues de haber dirigido algunas palabras afectuosas á Marillac, cedió en fin al empeño de que los socorros de la cirugía eran inútiles, y llevó á los dos amigos á su aposento donde el herido debia encontrar todo lo que era necesario.

— ¿Y para qué diablos me mandabas de embajador cuando tenias una entrada en escena tan famosa? murmuró Marillac al oído de su amigo.

— ¡Silencio! respondió este estrechándole la mano; todavía no estoy mas que en la contraescarpa.

Durante este tiempo Clemencia y su tia habian llevado á la niña á su cuarto.

— ¿Y nos dirás al fin lo que significa todo esto? preguntó la señorita de Corandeuil en tanto que la joven cambiaba de vestido.

— Es culpa del baron, respondió Alina. Galopábamos á la orilla del rio, cuando Titania se asustó con la rama de un árbol. — No tengas cuidado, me dijo mi hermano. — Yo no tenia miedo; pero como él vió que mi caballo se espantaba, corrió para alcanzarme. Titania oyendo galopar detrás de sí salió como una furia, dejó el camino y echó por los prados en derechura al agua. Entonces principié á tener algo de miedo. — Figúrate, Clemencia, que á cada paso saltaba yo ahora sobre la silla, luego sobre el cuello, luego sobre las ancas; era terrible. Quise sacar los piés del estribo como me decia el baron, pero entonces Titania cayó sobre el tronco de un árbol y yo rodé con ella. Un caballero á quien no habia visto, y que creo salió de la tierra, me quitó de la silla á la que estaba agarrada no sé cómo; pero la maldita Titania le arrojó contra el árbol mientras él me dejaba sobre mis piernas, y cuando le miré su rostro estaba cubierto de sangre. Entonces llegó el baron, y una vez que me vió sana y salva empezó á dar latigazos á Titania, pero ¡qué latigazos! ¡Dios mio! qué duros son los hombres. Por mas que yo gritaba que la dejara, nada, no queria escucharme. Despues volvimos á casa, y puesto que ese caballero no está herido peligrosamente parece que todo lo ha pagado mi pobre vestido.

Y dicho esto la joven tomó su amazona de la silla en que la habia dejado y no pudo contener un grito de horror al verla desgarrada.

— ¡Dios mio! exclamó mostrándola á Clemencia.

La señorita de Corandeuil tomó á su vez el vestido y le miró con el ojo experimentado de una persona que ha hecho un estudio particular de esos pequeños desastres y de los medios de repararlos.

— No es nada, dijo, fácilmente se arreglará sin que se conozca.

Alina se convenció de que el mal tenia remedio, y la serenidad apareció de nuevo en su fresco rostro.

Al volver al salon las tres señoras encontraron en él al baron con sus dos huéspedes hablando amistosamente junto á la chimenea.

Gerifalte tenia la frente ceñida con una cinta de tafetan negro, que le daba ese aircillo del amor que ha levantado su venda. El brillo de sus ojos indicaba además que no era la ceguera lo que habia de comun entre ese dios y él.

Despues de los primeros saludos, la señorita de Corandeuil, siempre muy estricta en la etiqueta, y que pensaba que Titania habia sido un maestro de ceremonias poco conveniente entre su sobrino y el caballero de Gerifalte, se adelantó á este último para hacer la presentacion debidamente.

— No creo, dijo, que el baron de Bergenheim haya tenido la honra de veros hasta hoy; permitidme, pues, que os le presente. Baron, el señor vizconde de Gerifalte, uno de mis parientes.

Cuando la señorita de Corandeuil estaba de buen humor trataba á Gerifalte de primo, en razon á su alianza de 1669. En este momento el poeta experimentó una profunda gratitud por aquella amabilidad de la solterona.

— Este caballero se presenta tan bien por sí solo, dijo

el baron con una franqueza militar, que vuestra recomendacion, mi querida tia, á pesar de todo el respeto que me merece, no puede añadir nada á mi reconocimiento. Sin el caballero de Grifalte estaríamos buscando ahora á esta loquilla en el fondo del rio.

Y al decir estas palabras pasó el brazo al cuello de su hermana y la besó en la frente, en tanto que Alina se ponía de puntillas para que su cabeza alcanzara á la boca de su hermano.

— Estos caballeros, prosiguió tienen la bondad de sacrificarnos los placeres de la Mujer sin Cabeza para establecer aquí su cuartel general, donde se hallarán en iguales condiciones para entregarse á sus estudios pintorescos y románticos, pues supongo, Marillac, que continuáis emborronando papel como de costumbre.

— A decir verdad, respondió el jóven, mucho me ocupa el arte.

— Por mi parte puedo asegurar que no he nacido para el dibujo. Sin el buen Bariguiet que tenía la bondad de corregir mis planos, no sé si habria salido adelante en la escuela de Saint-Cyr. Sin embargo, cuando os conseis de lapiceros y de plumas tomaremos juntos la escopeta; ¿sois aficionado á la caza, caballero de Gerifalte?

— En extremo, respondió el amante con audacia.

La conversacion continuó de este modo, como es natural entre las personas que se ven por la primera vez. Cuando el baron habló de la instalacion de ambos amigos en el palacio, Octavio clavó los ojos en la señora de Bergenheim solicitando una aprobacion tácita de su conducta, pero fué en vano. De aspecto receloso y sombrío, la baronesa llenaba con una violencia visible los deberes de urbanidad que la estaban impuestos. En todo lo restante de la tarde no cambió su conducta, y Gerifalte no intentó ni con una mirada la tarea de dulcificar la severidad que parecia haber adoptado con respecto á él. Todas sus atenciones fueron reservadas para la señorita de Corandeuil y para Alina, que escuchaba con un placer poco disimulado al que miraba como su salvador.

Después de la cena la señorita de Corandeuil propone una partida de wisth á Gerifalte cuyo talento le habia dejado un agradable recuerdo. El poeta aceptó el entretenimiento con el mismo entusiasmo que habia manifestado cuando se habló de caza. El baron y su hermana completaron la mesa en tanto que la señora de Bergenheim habia vuelto á tomar su bordado y escuchaba con aire distraido las palabras de Marillac, que por mas que llamó en su socorro el arte y la edad media no logró que los efectos correspondieran á su deseo; Clemencia permanecía impasible á sus historias. Así al cabo de una hora se hallaba profundamente convencido de que la baronesa era mujer de una inteligencia ordinaria, poco merecedora de la pasion que habia inspirado á su amigo.

— Prefiero mil veces la señorita Reina Gobillot, dijo para sí. Daré mañana una vuelta por la posada.

Cuando se acabó el juego, Gerifalte picado por el recibimiento de Clemencia que habia sobrepujado cuanto esperaba de su humor caprichoso, saludó profundamente á la jóven mirándola con un aire que significaba:

— Estoy aquí á pesar vuestro, y aquí permaneceré, y me amaréis á pesar vuestro.

La señora de Bergenheim respondió á esta mirada con otra no ménos expresiva en la que el amante mas fatuo debia leer:

— Haced lo que queráis; tanta indiferencia me inspira vuestro amor como desden vuestra presencia.

Este fué el último fin de aquella esaramuza preliminar.

IX.

Hay mujeres horólicas que, como Napoleon, pueden casi prescindir del sueño. Un organismo irritable, nervioso, les da una fuerza para velar que no tienen la mayor parte de los hombres. Cuando una emocion poderosa filtra sus aguas corrosivas en esos corazones impresionables, va destilando gota á gota hasta que haya abierto en el fondo de sus abismos un lago lleno de tempestades; cuando el martilleo de la pasion haya herido el timbre que espera siempre bajo esas frentes graciosas, una vibracion infinita baja y se prolonga hasta sus lugares mas recónditos electrizando á su paso innumerables pensamientos, silfos de sueño ligero, prontos á la señal que los despierta.

Entónces en el silencio de las noches y en la calma de la soledad extraños insomnios dejan pálidas las mejillas de rosa y rodean con una sombra los ojos diamantinos. En vano la frente abrasada busca la frescura; el blanco almohadon se calienta sin que la frente sienta alivio; en vano la mano comprime los latidos de un corazón rebosando vida; en vano el espíritu busca esas ideas letárgicas, especie de adormideras intelectuales que traen consigo una noche apacible, un pensamiento tenaz acude siempre ahuyentando los otros, como un águila dispersa una bandada de pájaros tímidos para quedarse con su presa. El soplo de la pasion que se combate, agita todas las fibras del alma y arranca de ellas convulsivamente esas mágicas armonías que una pobre mujer escucha con espanto, con desesperacion, con remordimientos, pero que al cabo escucha embriagándose.

Desde su entrada en el mundo la señora de Bergenheim habia conservado aun en el campo la costumbre de Paris, de prolongar las veladas. Cuando concluidos esos cuidados, esos detalles minuciosos de tocador que atestiguan el respeto que se tiene á sí misma una mu-

jer, confiaba su cuerpo blanco y satinado á las sábanas de su lecho elegante, el ópio de una novela nueva ó de alguna revista á la moda la proporcionaba el sueño y el descanso. Esta mala costumbre que todo marido debe prohibir en su imperio, habia hecho prevalecer en su casa el sistema de cuartos separados.

El baron se levantaba al amanecer y al instante salia á cazar ó á visitar sus haciendas; por lo regular no volvia hasta la hora de comer y apenas veia á Clemencia sino durante las horas que transcurrían desde ese instante hasta la cena, á cuyo fin cansado de sus ocupaciones campestres, deseaba buscar el reposo del justo. Ambos esposos vivían, pues, bajo el mismo techo á horas diferentes y separados.

En la especie de precipitacion con que aquella noche la señora de Bergenheim abrevió los preliminares de su tocador, habria podido creerse que experimentaba los indicios de un sueño inusitado. Pero cuando se halló extendida en su cama, con la cabeza bajo el brazo, fácil habria sido adivinar en sus ojos abiertos y brillantes que habia querido estar sola para entregarse con mas libertad á alguna preocupacion insensible.

Su espíritu evocó sucesivamente con una facilidad maravillosa los menores sucesos de aquel día á los cuales un esfuerzo continuo la habia hecho parecer indiferente. Vió ante todo el rostro de Gerifalte cubierto de sangre y el recuerdo de la terrible sensacion que habia experimentado entónces, llegó á darla durante algunos instantes una opresion de corazón involuntaria.

Luego recordó como le habia encontrado en el salon al lado de su marido en el mismo puesto que ella habia ocupado un poco ántes. Esta circunstancia tan sencilla habia llamado toda su atencion, porque veia en ella una prueba de esa inteligencia simpática, de esa especie de don de segunda vista que Octavio poseia á sus ojos y que era en él un arma tan temible. A su juicio, habia debido adivinar que aquel era su sillón, y habia debido tomarle por ese motivo.

Por primera vez Clemencia veia reunidos el hombre á quien pertenecía y aquel á quien consideraba un poco como suyo, pues por uno de esos arreglos de conciencia cuyo secreto poseen únicamente las mujeres, habia llegado á pensar mas de una vez: — Estando segura de no pertenecer sino al baron, puedo permitir que Octavio me pertenezca. Silogismo particular cuyas dos proposiciones ella conciliaba con una sutileza extraordinaria.

Un instinto de pudor la habia hecho temer siempre ese encuentro que la coqueta mas aguerrida no ve nunca serena. Entre su marido y su amante una mujer es como una planta que regaran con hielo en tanto que un rayo de sol quiere vivificarla. La fisonomía sombría, celosa y aun tranquila é indiferente de un esposo tiene una fuerza de compresion incomparable. Ninguna mujer se encuentra á su gusto para amar bajo el fuego de una mirada celosa, y cuya serenidad tiene algo de mas terrible todavía, pues todo celoso parece tirano y la tiranía inclina á la rebelion; pero un marido confiado tiene el aire de una victima asesinada durante su sueño, y por su misma calma inspira remordimientos mas punzantes.

La reunion de aquellos dos hombres provocó naturalmente por parte de Clemencia una comparacion que parecia favorable á su marido. Gerifalte no tenia mas que su aire inteligente; habia mucha intencion en su mirada, mucha finura en su sonrisa, pero sus rasgos irregulares no ofrecían ningun carácter de hermosura; su fisonomía tenia ordinariamente esa expresion cansada propia de las personas que han vivido mucho en poco tiempo; el baron, por el contrario, debia á su constitucion hercúlea fortificada mas aun por la vida campestre, una apariencia de juventud realizada por la nobleza regular de sus facciones: era infinitamente superior á su rival.

En la virtud de su alma, Clemencia exajeró esta superioridad de su marido sobre su amante. No pudiendo decir que este era torpe ó insignificativo, quiso persuadirse que era feo. Luego fué enumerando todas las buenas cualidades del baron: al afecto y bondad que mostraba por ella, la lealtad y nobleza de su carácter, recordó los elogios que Marillac habia hecho aquel día de su valor, esa cualidad sin la cual no hay salvacion para un hombre cerca de las mujeres. En una palabra, hizo cuanto estaba de su parte para exaltarse la imaginacion y ver en su marido un hombre distinguido, un héroe digno de inspirar la mas viva ternura.

Y cuando estuvo al cabo de sus esfuerzos de admiracion y de entusiasmo, se volvió haciendo un movimiento de una violencia extraordinaria, hundió su cabeza en el almohadon y exclamó sollozando:

— ¡Pero no puedo amarle!

Largo tiempo lloró con amargura. — Al recordar su antigua severidad respecto de mujeres cuya conducta podia justificar la maleficencia, ejerció consigo misma á su vez toda la dureza de sus juicios; se vió mas culpable que las otras, pues su flaqueza la parecia ménos excusable. Se encontró indigna y deseó morir para sustraerse á la vergüenza que enrojeció su frente á los remordimientos que desgarraban su alma.

¡Cuántas lágrimas dolorosas ahogan así ca danche ojos que no deberian verter sino lágrimas de alegría! ¡Cuántos suspiros turban el silencio de las tinieblas! ¡Cuántos dramas tristes y apasionados pasan en el fondo de una alcoba solitaria! Entre las mujeres son siempre las mas nobles, las mas candidas aquellas que devora el remordimiento con su fuego; pero en medio de las llamas que le atormentan el corazón palpita, imperecedero como la salamandra!

Cuando la señora de Bergenheim calmó á fuerza de suspiros ahogados y de sollozos convulsivos el dolor de aquella pasion que no podia arrancar de su seno, tomó una resolucion desesperada. En el modo con que Gerifalte habia tomado posesion de su casa desde el primer día, reconoció que era en realidad el dueño del terreno. El afecto que parecia tenerle la señorita de Corandeuil, los hábitos corteses y hospitalarios del baron debían darle la posibilidad de prolongar su residencia allí el tiempo que juzgara conveniente.

Clemencia se comparó á un general sitiado que ve al enemigo sobre sus murallas.

— Pues bien, me encerraré en la ciudadela, dijo sonriendo á pesar suyo en medio de sus lágrimas. Puesto que ese hombre se ha apoderado de mi salon, me encerraré en mi cuarto; veremos si se atreve á llegar hasta él.

Y meneando su linda cabeza en señal de desafío no pudo ménos, sin embargo, de echar una mirada por los rincones de aquel aposento apenas alumbrado por la luz de una lamparilla. Se incorporó en la cama, escuchó durante un momento con una especie de inquietud y miró fijamente como si los negros ojos de Octavio debiesen brillar de repente en la oscuridad. Cuando se convenció de que todo estaba en paz, y que únicamente los latidos de su corazón turbaban el silencio, continuó su plan de defensa.

Decidió que al siguiente día estaria enferma y que aun no saldria del lecho, si era necesario, hasta que su perseguidor se resolviera á tocar retirada; se hizo á sí misma un juramento solemne de firmeza y de ánimo, y enseguida quiso rezar. Eran las dos de la madrugada. Durante algun tiempo la inmovilidad de Clemencia habia podido hacer creer que al fin se habia dormido; pero de repente se levantó, y sin ponerse un peñador, encendió una vela en la lamparilla, y se fué cerca de las ventanas al hueco donde colgada de la pared un retrato del duque de Burdeos; Clemencia levantó el retrato, tocó un resorte oculto en la madera, y se abrió una puertecilla dejando ver en lo grueso del muro un nicho perfectamente disimulado. En ese nicho habia un cofrecillo de palisandro; la jóven abrió esa caja misteriosa y después de haber sacado de ella un legajito de cartas se volvió á su lecho con la avidez de un avaro que va á contemplar su tesoro.

¿No habia luchado y rezado? ¿No habia ofrecido en expiacion sobre el altar tiránico del deber las lágrimas de sus ojos, la palidez de sus mejillas, las torturas de su alma? ¿No acababa de hacer un juramento en presencia de Dios que debia protegerla contra su flaqueza? En fin, ¿no era una mujer virtuosa y no habia pagado bastante con un momento de triste felicidad? ¿Era un crimen respirar un instante el aire embalsamado de la vida de amor por entre las rejas de aquel calabozo que acababa de cerrar por su propia mano?

¡Admirable lógica de los corazones tiernos que no pudiendo dominar su naturaleza, sufren para creerse ménos culpables y revisten su cilicio á fin de que cada palpitacion encuentre un dolor que le perdone!

En paz consigo misma leyó como leen las mujeres que aman; lánguidamente tendida, con la frente apoyada en una mano, sacaba las cartas una por una, bebía con los ojos y con el alma el veneno de aquellas frases ardientes, respiraba con embriaguez aquella pasion exaltada, se abandonaba al capricho de aquella corriente mágica en que cada gota es una caricia, cada ondulacion una voluptuosidad suprema. Y cuando uno de los gritos invencibles de la pasion que implora despertaba todos los ecos de su ternura, cuando una de esas palabras que corren por las venas como un estremecimiento heria con una llamada magnética el santuario mas recóndito de su alma, cerraba los ojos y estrechaba sobre sus labios el frio papel que la abrasaba.

Cuando Alina entró por la mañana en el cuarto de Clemencia, segun su costumbre, esta no tuvo necesidad de fingir la indisposicion que habia meditado, tanto habian alterado su rostro las sensaciones de aquella noche de insomnio. Difícil seria imaginar un contraste como el que presentaban las dos mujeres en aquel momento. La señora de Bergenheim inmóvil y blanca como la sabana que la cubria se asemejaba á Julieta dormida sobre su sepulcro; Alina rosada, viva y despierta, se mostraba mas suelta y ligera que de ordinario. En sus facciones la adolescencia femenina estallaba en todo su lujo de loca indiferencia, de deseo vago, de expansion sencilla, de confianza sin limites, de júbilo caprichoso y fácil. Era esa gracia infantil aun, mas viva que suave que hace á las jóvenes encantadoras á la vista pero parece matar al corazón, pues son las flores del amanecer mas ricas de color que de aroma.

Al contemplar aquellas mejillas tan rosadas, aquellos ojos tan brillantes, aquella vida tan llena de porvenir, Clemencia apenas pudo contener un suspiro. Recordó el tiempo en que ella era así, tiempo en que las penas se deslizaban por su frente sin dejarla pálida, en que las lágrimas se secaban al salir de los ojos; ella tambien habia tenido sus días de gozo, sus sueños de felicidad sin mezcla de amargura.

Alina después de haber presentado su frente como una criatura que solicita un beso, quiso chancearse con ella, pero Clemencia la cortó la palabra con un ademán.

— ¿Estais enferma? preguntó la jóven con inquietud, sentándose á la orilla de la cama.

La señora de Bergenheim aparentó una sonrisa.

— Puedes agradecer mi falta de salud, la dijo, pues así serán para tí todos los honores; sin duda no podré bajar á comer y preciso será que me reemplaces. Ya sabes que la tia se cansa cuando tiene que tomar tales

cuidados. Alina hizo una mueca parecida á la de un subteniente que se ve encargado del mando de una división sin sentir en sí la capacidad innata del gran Condé.

— Si creyera que hablas seriamente, respondió, te juro que iría á meterme en la cama en derechura.

— Niña, bueno es que te acostumbres á llenar los deberes de ama de casa; es una excelente ocasion y con mi tia por guia no debes abrigar ningun cuidado.

Estas últimas palabras no fueron dichas sin malicia pues la jóven sabia que Alina temia estar bajo la férula de la señorita de Corandeuil.

— Te suplico, querida hermana, repuso esta cruzando las manos, que no estés enferma hoy. Es la jaqueca de anteayer, levántate, darémos una vuelta por el parque y verás...

— Como podrás luego servir á la mesa ¿no es cierto? ¡Egoísta!

— Me da miedo el caballero de Gerifalte, dijo la colegiala bajando la voz.

Al oír pronunciar este nombre, que casi le daba la fiebre, la señora de Bergenheim permaneció un momento sin responder.

— ¿Y qué te ha hecho el caballero de Gerifalte? preguntó Clemencia. Es pagar con ingratitud un buen servicio.

— No, no soy ingrata, respondió la jóven con presteza. Nunca olvidaré que le debo la vida, pues seguramente sin él estaba en el rio; pero tiene unos ojos tan negros y tan penetrantes que parece leer en los corazones, y luego ¡es un hombre de tanto talento! Temo decir alguna cosa y que se burle. Dicen que yo hablo mucho; pues ya ves, delante de él apenas me atrevo á desplegar los labios. ¿Porqué hay hombres cuya mirada produce esa impresion?

Clemencia bajó los ojos y no respondió nada.

— Y su amigo no me intimida, á pesar de sus bigotazos. Dime, ¿tú no tienes tambien un poco de miedo del caballero de Gerifalte?

— ¡Oh! ninguno, respondió Clemencia queriendo sonreír; pero ¡qué hermosa estás! añadió cambiando al punto de conversacion; seguramente tienes algun proyecto de conquista. Te has vestido y peinado á las nueve de la mañana como si fueras á un baile.

— ¿Sabes lo que me ha dicho la tia?

— ¿Qué ha sido?

— Es muy maliciosa; me ha dicho que las cintas azules no están bien en el pelo rojo, y que me aconsejaba que cambiara ó el pelo ó las cintas. ¿Es verdad que yo tengo los cabellos rojos?

La niña pronunció estas palabras con voz tan compungida, que su hermana no pudo ménos de sonreírse.

— Mi tia dice eso por hacerte rabiar, contestó Clemencia; tienes un pelo muy bonito, de un rubio vivo, pero agradable á la vista; únicamente Justina te riza demasiado; tus cabellos están mejor lisos sobre las sienes, vén aquí.

Alina se arrodilló delante de la cama de la señora de Bergenheim que uniendo la leccion al consejo se puso á modificar segun su gusto la obra de la doncella.

— Se rizan como cerda, observó la jóven viendo el trabajo que costaba á su hermana el aplastarlos; en el colegio esto me incomoda mucho, porque allí quieren que llevemos el pelo liso. Además, los cabellos rubios están muy mal en bandó, aunque el caballero de Gerifalte haya dicho ayer que era el color que le gustaba.

— ¿Te ha dicho que preferia el pelo rubio?

— ¡Ay! ¡cómo me tiras! — Sí, el pelo rubio y los ojos azules; decia eso mirando la virgen de Carlo Dolci que está en tu gabinete. Su amigo dijo que le gustaban los cabellos rubios porque representan el hermoso tipo judío; gracias por la galantería. — ¿Pero te parece que yo tengo los ojos tan azules como los de esa virgen? El caballero pretende que se parecen mucho.

La señora de Bergenheim retiró su mano con tanta presteza que arrancó unos cuantos cabellos mas á la niña y se envolvió hasta la barba en las sábanas de su cama.

— ¡Oh! el caballero de Gerifalte es un hombre muy fino, contestó y tú debes estar sin duda muy contenta de parecerle á la madona de Carlo Dolci.

— ¡Es tan bonita!... y luego es nuestra santa Virgen... ¡Ah! oigo la voz del caballero de Gerifalte en el jardin.

La jóven se levantó vivamente y corrió á la ventana poniéndose á mirar, sin ser vista, por entre las cortinas.

— Está con el baron, repuso; ahora entran por la biblioteca. Parece que acaban de dar un gran paseo, pues vienen cubiertos de polvo. ¡Si vieras que bonita gorra lleva el caballero de Gerifalte!

— ¡Ha trastornado su cabeza! pensó la señora de Bergenheim, haciendo un movimiento de mal humor bastante pronunciado, y cerró los ojos como si hubiera querido dormir.

Gerifalte acababa en efecto, á costa de su persona, de ofrecerse en holocausto al amor de la propiedad, monomanía ordinaria de los campesinos á la que nadie puede sustraerse. Gerifalte habia seguido al baron, que bajo pretexto de enseñarle muchos puntos de vista pintorescos (aquí está el lazo siempre), le paseaba en el rocío de la mañana por entre las lechugas de la huerta y los matorrales del parque. Octavio se condujo como un héroe; oyó sin pestañear las minuciosas explicaciones de Bergenheim, se internó en los plantíos, halló los prados muy verdes, los cultivos esmerados, las rocas mas hermosas que las de los Alpes, etc., etc. Habiendo conservado una pequeña hacienda cerca de Burdeos, quiso presentarse tambien á los ojos del baron, como un buen propietario, aficionado á la literatura sí, pero en el fondo y ante todo, propietario de corazon y de alma, apasionado por el vino de su hacienda como el baron podia estarlo por los frutos de sus heredades.



Maria Spezia en la *Traviata*.

El poeta habló de vinos como hombre inteligente, y obligó á Bergenheim á aceptar de antemano un tonel de sus viñedos, aunque este no consintió sino con la condicion de enviarle en cambio un potro elegido entre los mejores de los que en su hacienda se criaban.

Al entrar en el cuarto de su mujer cuya indisposicion le habian anunciado, las primeras palabras del baron fueron estas:

— El caballero de Gerifalte parece un hombre excelente y desearia que permaneciese algun tiempo con nosotros. Siento mucho que te encuentres mala. Es buen músico, así como Marillac, y habriais podido cantar juntos. Animate pues, y baja á la comida.

(Se continuará.)

María Spezia.

La vida de un artista es puramente exterior. La historia de su corazon no pertenece al público: del poeta se desea saber el número de obras maestras que ha producido su pluma, del pintor la descripcion de sus cuadros, del escultor los personajes que sacó del mármol, del músico ó del cantante los triunfos que señalaron su carrera. ¿Qué le interesa al público que María Spezia haya visto la luz en Villafranca entre Verona y Mantua, que sea de una familia noble, que aprendiera bien ó mal en su infancia? Lo que se pregunta á la jóven artista es cómo llegó al teatro, quién fué su maestro, quiénes los compositores cuyas obras interpretó, y cuáles fueron sus triunfos? Esto es lo que constituye la verdadera biografía de una cantatriz y esto vamos á contar de María Spezia.

El señor Foroni, un maestro italiano de mucha fama, pasando un dia por Villafranca tuvo ocasion de oír á la niña María, conocida ya en todo el pueblo por su bonita voz; el maestro se prendó del talento de la jóven artista, y previa la autorizacion de sus padres, se la llevó, y durante cuatro años la tuvo al régimen de los solfeos y de los ejercicios, el único que conviene á las organizaciones verdaderamente musicales. Al cabo de cuatro años estaba terminada la educacion de María y solo se trataba ya de salir á las tablas. En efecto, María Spezia se estrenó en Verona en 1830 en la *Beatrice di Tenda* de Bellini. El triunfo fué completo, y desde aquella noche la Spezia figura en el corto catálogo de las notabilidades musicales. A la *Beatrice* sucedió *Maria Padilla* con igual éxito. Luego de Verona la Spezia pasó al teatro de Turin, donde el público ratificó á palmadas el diploma que en Verona le fué otorgado. En Brescia desempeñó los papeles del nuevo repertorio, y recibió los mayores aplausos en *Giselde* y *Lady Macbeth*, famosas creaciones de Verdi; el maestro á la moda.

Cuando un artista llega á excitar semejante entusiasmo, recibe á manos llenas proposiciones de ajuste; esto la sucedió á María Spezia. Después de sus primeros triunfos, no sabia por quien decidirse; prodigó los tesoros de su voz en Padua, en Venecia, en San Petersburgo, en Varsovia... pero, ¡cuántas otras ciudades ménos privilegiadas tuvieron que contentarse con verla pasar en silencio, ó con leer los periódicos que hablaban de sus triunfos! En 1834 volvió á Venecia y entonces cantó el papel de *Violetta* en la *Traviata*, ese papel tan dramático que ha hecho la reputacion de varias cantatrices de la escuela moderna. Cuando el señor Piave, el que ha compuesto el libreto de la *Traviata* oyó á María Spezia, escribió á Verdi « que nadie podia cantar mejor, ni siquiera tan bien como la Spezia el papel de *Violetta*. » Hé aquí un título de nobleza para una artista.

De Venecia la cantatriz pasó á España. Recibida en Madrid con entusiasmo se presentó en los papeles de *Abigail*, de *Odabelle*, de *Elvira*, de *Giselde*, de *Violetta*, de *Lucia* y de *Rosina*. El teatro Real conserva de ella un gran recuerdo.

Los mismos aplausos obtuvo en Andalucía. Pero una artista no puede dormirse en sus laureles; adios Sevilla, adios Granada, adios Córdoba, el Tajo espera con impaciencia y es preciso que se abandone el Guadalquivir.

La Spezia marcha á Lisboa, se estrena en *Maria de Rohan* y los críticos portugueses la declaran tan perfecta en la ejecucion de ese papel como á la Stoltz que, con justicia, le consideraba como uno de los mejores de su repertorio. En el *Trovatore* rivaliza con la Castellán, una de las Leonores mas seductoras que pueda haber, y por último cantó con igual éxito *Marco Visconti* de Petrella, *Nabucco* y el *Barbieri*.

Pero la Italia no permite que corran mucho tiempo por el mundo las notabilidades que la pertenecen, y en breve fué llamada la Spezia de Lisboa. Esta vez es Milan que quiere oirla, Milan que la espera este otoño y que va á recibirla con aplausos. Los milaneses quieren oír la *Traviata* con la Spezia, y seguramente no dejarán de pagar la realizacion de su deseo con una buena dosis de entusiasmo. — Y en Paris, ¿cuándo la aplaudiremos? — Es probable que mas tarde ó mas temprano, el señor Calzado aprovechará la primera ocasion de contratarla.